

M. Heidegger: Die Technik und die Kehre.

(Traducción y notas: Salvador Mas Torres)

Bajo el título «Einblick in das was ist» pronunció Heidegger el 1 de Diciembre de 1949 cuatro conferencias, que fueron repetidas sin modificación en la primavera de 1950. Los títulos de estas conferencias eran los siguientes: *Das Ding*, *Das Gestell*, *Die Gefahr*, *Die Kehre*. La primera de estas conferencias, en una versión modificada y ampliada, la volvió a repetir Heidegger en la «Bayerischen Akademie der Schönen Künste», siendo publicada en el vol. II de *Vorträge und Aufsätze*. La segunda conferencia también la repitió, igualmente en una versión ampliada, en el marco del ciclo «Die Künste im technischen Zeitalter» organizado por la citada Academia. Fue publicada en el vol. I de *Vorträge und Aufsätze*, bajo el título «Die Frage nach der Technik». La tercera conferencia todavía no ha sido publicada. La cuarta fue publicada, junto con la versión modificada de la segunda, por la editorial Günther Neske Pfullingen de Tübingen en el año 1962. El título bajo el cual aparecieron impresos estos trabajos fue *Die Technik und die Kehre*; el presente trabajo es la versión castellana de esta última obra.

Las notas que acompañan a la traducción son todas del traductor, y pretenden ayudar —en la medida de lo posible— a la mejor comprensión del texto heideggeriano.

S. Mas Torres

LA PREGUNTA POR LA TÉCNICA

En lo que sigue *preguntamos* por la técnica. El preguntar es trabajar en un camino. Por ello es conveniente prestar atención sobre todo al camino y no quedar enganchados en las proposiciones y títulos particulares. El camino es un camino del pensar. Todos los caminos del pensar

(*Denkwege*) conducen, más o menos perceptiblemente, de un modo inhabitual, a través de lenguaje. Preguntamos por la *técnica* y, con tal motivo, quisiéramos preparar una relación libre con ella. La relación es libre si abre nuestro *Dasein* a la esencia de la técnica. Si correspondemos¹ a ella entonces podremos experimentar lo técnico en su limitación.

La técnica no es lo mismo que la esencia de la técnica. Si buscamos la esencia del árbol, debemos notar que aquello que hace a cada árbol árbol, no es ello mismo un árbol que se encuentre entre los restantes árboles.

Del mismo modo, la esencia de la técnica no es de ningún modo nada técnico. Por ello nunca experimentaremos nuestra relación con la esencia de la técnica en tanto que sólo nos representemos y ejerzamos lo técnico, conformándonos con ello o eludiendo aquélla. Por doquier permanecemos privados de libertad encadenados a la técnica si la afirmamos o negamos apasionadamente. Estamos de la forma más grave puestos en manos de la técnica si la consideramos como algo neutral; pues esta representación, a la que especialmente hoy en día se rinde tributo de buen grado, nos ciega completamente frente a la esencia de la técnica.

Como la esencia de algo se considera, según antiguas enseñanzas, aquello *que* algo es. Preguntamos por la técnica cuando preguntamos lo que ella sea. Todo el mundo conoce las dos afirmaciones que contestan a nuestra pregunta. La una afirma: la técnica es un medio para fines. La otra afirma: la técnica es un hacer del hombre. Ambas determinaciones de la técnica van juntas. Pues poner fines, proporcionar y usar los medios para ello, es un hacer humano. A aquello que es la técnica, pertenece la fabricación y el uso de herramientas, utensilios y máquinas, pertenece esto mismo fabricado y usado, pertenecen las necesidades y fines a los que sirven. La totalidad de este utillaje es la técnica. Ella misma es un utillaje, dicho en latín: un *instrumentum*.

La representación de uso corriente de la técnica, según la cual ésta es un medio y un hacer humano, puede por ello llamarse la determinación instrumental y antropológica de la técnica.

¿Quién quiere negar que sea correcta? Se rige notoriamente por aquello que se tiene ante los ojos cuando se habla de técnica. La determina-

¹ El término que emplea Heidegger es *entsprechen*: corresponder o satisfacer; literalmente, podríamos traducirlo por hablar (*-sprechen*) en contra (*-ent*). Gadamer («Filosofía, hermenéutica, metafísica», *Teorema*, vol. XV/1-2, 1985), comentando un aspecto de la «vuelta» heideggeriana hace entrar en juego los extraños verbos *welten* y *worten* («mundanear» y «palabrear», respectivamente). El primero de ellos nos lo encontraremos, más adelante, en el presente texto de Heidegger. Por lo que hace al segundo que es el que aquí nos interesa, cabe destacar la posibilidad de construir un paralelismo entre *ant-worten* y *ent-sprechen*: «palabrear en contra» y «hablar en contra». Correspondemos o satisfacemos la esencia de la técnica en la medida en que «palabreamos/hablamos en contra», esto es, respondemos a ella; dos matices, pues, están implicados en el uso heideggeriano del término *entsprechen*: por una parte, una actitud de interés y actividad por parte del aquel que ha de co-responder: la actitud propia de aquel que responde (nótese el leve matiz moral que, inesperadamente, surge), por otra, la mediación lingüística que viene señalada por el término *-sprechen*.

ción instrumental de la técnica es, en efecto, tan inquietantemente correcta que también puede aplicarse a la técnica moderna, de la que se afirma con un cierto derecho que es, frente a la antigua técnica artesanal, algo enteramente distinto y, por ello, nuevo. También la central de energía eléctrica es con sus turbinas y generadores un medio fabricado por el hombre para un fin puesto por el hombre. También el avión a reacción, también la máquina de alta frecuencia son medios para fines. Naturalmente, una estación de radar es menos sencilla que una veleta. Naturalmente, la fabricación de una máquina de alta frecuencia requiere del entrelazamiento de distintas secciones de trabajo técnico-industrial. Naturalmente, un aserradero en un valle perdido de la Selva Negra es un medio primitivo en comparación con una central eléctrica fluvial sobre la corriente del Rhin.

Sigue siendo correcto: también la técnica moderna es un medio para fines. Por ello la representación instrumental de la técnica determina aquel esfuerzo para llevar a los hombres a la relación justa con la técnica. Todo reside en manejar de modo adecuado la técnica como medio. Se quiere, como se dice, «tomar la técnica espiritualmente en la mano». Se la quiere dominar. El deseo de dominio se torna tanto más urgente, cuanto más se escapa la técnica de las manos del señorío del hombre.

Pero supongamos ahora que la técnica no sea un mero medio, ¿qué ocurre entonces con la voluntad de dominarla?. Sin embargo, decíamos, la determinación instrumental de la técnica es correcta. Ciertamente. Lo correcto se averigua en aquello que está situado delante (*was vorliegt*), en cada caso algo acertado. La averiguación, sin embargo, para ser correcta no necesita en modo alguno descubrir² en su esencia lo que está situado delante. Sólo allí donde acontece tal descubrir acaece lo verdadero (*das Wahre*). Por ello, lo meramente correcto (*das Bloß Richtige*) aún no es lo verdadero. Sólo esto nos lleva a una relación libre con aquello que, desde su esencia, se dirige a nosotros. La correcta determinación instrumental de la técnica, por consiguiente, aún no nos muestra su esencia. Para llegar a ésta o, por lo menos, a su cercanía, debemos buscar lo verdadero a través de lo correcto. Debemos preguntar: ¿qué es lo instrumental mismo?, ¿a dónde pertenecen cosas tales como un medio y un fin? Un medio es aquello por lo que algo es efectuado y es, así, alcanzado. Lo que tiene a un efecto como consecuencia se lo llama causa. Sin embargo, no sólo es causa aquello por medio de lo cual se efectúa algo otro. También el fin, conforme al cual se determina el tipo del medio, es considerado como causa. Donde se persiguen fines, se usan medios, donde domina lo instru-

² *Enthüllen*: de nuevo el prefijo *-ent*. El sustantivo correspondiente a *hüllen* (cubrir) es *Hülle* (envoltura, cubierta, cáscara, etc.). «Des-cubrir», pues, indica tanto como quitar (*-ent*) una envoltura (*Hülle*): la particular teoría heideggeriana de la verdad, que va a ser una pieza esencial de su reflexión sobre la técnica, hace su aparición desde el mismo comienzo.

mental, allí impera la causalidad (*Ursächlichkeit*), la causalidad (*Kausalität*).

Desde hace siglos la filosofía enseña que hay cuatro causas: 1) la causa *materialis*, el material, la materia con la que, por ejemplo, se fabrica una copa de plata; 2) la causa *formalis*, la forma, la *Gestalt* en la que se introduce la materia; 3) la causa *finalis*, el fin, por ejemplo, el sacrificio en virtud del cual la requerida copa se determina según forma y materia; 4) la causa *efficiens*, que hace efectivo el efecto, la copa real acabada, esto es, el orfebre. Lo que es la técnica, considerada como medio, se descubre cuando retrotraemos lo instrumental a la cuádruple causalidad.

¿Pero cómo, si la causalidad, por su parte, en aquello que ella es, se encubre en la oscuridad? Ciertamente, se obra desde hace siglos como si la doctrina de las cuatro causas hubiera caído del cielo como una verdad meridiana. En su lugar, debería haberse preguntado a su tiempo: ¿por qué hay precisamente cuatro causas?, ¿qué se quiere decir realmente con las llamadas cuatro «causas»? ¿a partir de qué se determina el carácter causal de las cuatro causas tan homogéneamente, como para pertenecer al mismo grupo?

En tanto que no nos hagamos estas preguntas, permanecerá oscura y sin fundamento la causalidad y con ella lo instrumental y con éste la determinación de uso corriente de la técnica.

Desde hace tiempo se acostumbra a representar la causa como lo actuante (*das Bewirkende*). Obrar (*wirken*) significa aquí: obtención de resultados, de efectos. La causa *efficiens*, una de las cuatro causas, determina de forma decisiva toda causalidad. Esto va tan lejos que la causa *finalis*, la finalidad, no cuenta ya para la causalidad. Causa, casus, pertenece al verbo cadere, caer (*fallen*) y significa aquello que hace que algo resulte de una u otra manera en el resultado. La doctrina de las cuatro causas se remonta a Aristóteles. Sin embargo, todo lo que los tiempos siguientes buscan en los griegos bajo la representación y el epígrafe «causalidad», no tenía que ver, en el ámbito del pensar griego y para éste, con el actuar y el obrar. Lo que nosotros llamamos causa (*Ursache*), los romanos causa, se decía entre los griegos αἴτιον, aquello que tiene la culpa de otra cosa (*was ein anderes verschuldet*). Las cuatro causas son los modos, entre sí pertenecientes al mismo grupo, del tener-la-culpa-de (*des Verschuldens*)³. Un ejemplo puede aclararlo.

La plata es aquello con lo que se fabrica la copa de plata. Es, como esta materia (ὑλη), cómplice en la copa. Esta es deudora, esto es, debe a la plata aquello de lo que está hecha. Pero el instrumental para el sacrificio no sólo permanece endeudado con la plata. En tanto que copa, ésto endeudado con la plata, aparece bajo el aspecto de copa y no en aquel de

³ Heidegger, en éste como en otros muchos casos, aprovecha la polisemia de las palabras: en efecto, *verschulden* significa tanto tener-la-culpa-de o endeudarse (posibilidad ésta que aprovecharemos más adelante) como también ser-causa-de o ser-motivo-de.

brazalete o anillo. El instrumental para el sacrificio está así a la vez endeudado con el aspecto (*Aussehen*) (εἶδος) de forma de copa. La plata, en la que como copa se introduce el aspecto, el aspecto, en el que aparece lo plateado, son ambos a su modo cómplices en el instrumental para el sacrificio.

Culpable en ésto es, sobre todo, un tercero. Es aquello que de antemano localiza la copa en el ámbito de la consagración y la ofrenda. De ese modo, se limita como utensilio para el sacrificio. Lo limitativo concluye la cosa. Con esta conclusión no finaliza la cosa, sino que desde ella comienza como aquello que deberá ser tras la producción. Lo concluido, lo acabado en este sentido se dice en griego τέλος, lo que con demasiada frecuencia se traduce por «meta» y «fin» y así se lo malinterpreta. El τέλος adeuda lo que como materia y lo que como aspecto co-adeuda el instrumental para el sacrificio.

Finalmente, hay un cuarto cómplice en la presencia y la disponibilidad del instrumental para el sacrificio ya acabado: el orfebre; pero en modo alguno por el hecho de que él, actuando, efectúe la copa acabada como el efecto de un hacer, no como causa *efficiens*.

La doctrina de Aristóteles no conoce ni la causa con este epígrafe designada, ni emplea un término griego correspondiente.

El orfebre reflexiona y reúne las tres maneras del citado tener la culpa de. Reflexionar se dice en griego λέγεινλογος. Esto descansa en el ἀποφαίνεσθαι, en el poner de manifiesto (*zum Vorschein bringen*). El orfebre es cómplice como aquello a partir de lo cual el producir y el depender de sí mismo de la copa toman y mantienen su primer origen. Las tres maneras antes citadas del tener la culpa le tienen que agradecer a la reflexión del orfebre el hecho de que ellas y cómo ellas aparezcan y entren en juego en el producir de la copa.

En la copa ya presente y dispuesta imperan las cuatro maneras de tener la culpa de. Son entre sí diferentes y, sin embargo, son de la misma familia. ¿Qué las unifica de antemano?, ¿dónde actúa la armonía de las cuatro maneras del tener la culpa de?, ¿de dónde procede la unidad de las cuatro causas?, ¿qué menta, pues, pensado griegamente, este tener la culpa de?

Nosotros los hombres de hoy en día estamos demasiado fácilmente inclinados a entender el tener la culpa de o moralmente como delito o a interpretarlo como un modo del actuar⁴. En ambos casos nos obstruimos el camino hacia el sentido originario de aquello que más tarde se llamará causalidad. En tanto que este camino no se abra, tampoco distinguiremos lo que es realmente lo instrumental, lo cual descansa en lo causal.

Para protegernos contra la citada malinterpretación del tener la culpa de, elucidaremos sus cuatro maneras a partir de aquello de lo que ellas

⁴ «... als ein Art des Wirkens»; en efecto, el resultado de *wirken* es una *Werk*, algo, pues, que puede ser más o menos útil, más o menos correcto, pero que no dice jamás relación a la verdad.

son culpables. Según el ejemplo, tienen la culpa del estar situado delante y del estar dispuesto de la copa como utensilio para el sacrificio. Estar situado delante y estar dispuesto (ὑποκειῖσθαι) caracterizan la presencia de algo presente (*das Anwesen eines Anwesenden*). Las cuatro maneras del tener la culpa de hacer aparecer algo. Lo dejaban figurar en el estar-presente (*in das An-wesen*). Lo dejan allí libre y lo ponen en marcha, a saber, en su llegada perfecta. El tener la culpa de tiene el rasgo fundamental de este poner en marcha (*An-lassen*) en la llegada. En el sentido de tal poner en marcha el tener la culpa de es el dar-lugar-a (*Ver-an-lassen*). Con la mirada puesta en aquello que los griegos experimentaban con el tener la culpa de, con la αἰτία, demos nosotros ahora a la palabra «dar-lugar-a» un sentido más amplio, de modo que esta palabra nombre la esencia de la causalidad pensada al modo griego. El significado habitual y estrecho de la palabra «ocasionar» (*Veranlassung*) indica, por el contrario, solo tanto como empujón y disparo y menta un tipo de causa colateral en la totalidad de la causalidad.

¿Pero dónde actúa la armonía de las cuatro maneras del dar-lugar-a? Ellas dejan llegar lo aun no presente al estar presente. Así pues, están uniformemente regidas por un llevar (*Bringen*), que lleva lo presente al aparecer. Lo que este llevar es, nos lo dicen Platón en una frase del *Banquete* (205b): ἡ γάρ τοι ἐκ τοῦ μὴ ὄντος εἰς τὸ ὄν ἰόντι ὁπωοῦν αἰτία πᾶσά ἐστι ποιήσις.

«Cualquier ocasionar para aquello que siempre pasa y avanza desde lo no-presente a estar-presente es ποιήσις, es producir (*Her-vor-bringen*)».

Todo reside en que pensemos el producir en toda su amplitud y, al mismo tiempo, en el sentido de los griegos. Un producir, ποιήτις, no es sólo la fabricación artesanal, no es el acto poético-artístico de llevar-a-modelos-y-a-imágenes. También la φύσις, el salir-desde-sí (*das von-sich-her-Aufgehen*), es un producir, es ποιήσις. La φύσις es incluso ποιήσις en el más alto sentido. Pues el φύσει que está presente tiene en sí mismo (ἐν ἑαυτῷ) la apertura del producir (por ejemplo, el abrirse de la flor en el florecer). Por el contrario, lo producido artesanal o artísticamente no tiene la apertura del producir en sí mismo, sino en un otro (ἐν ἄλλῳ), en el artesano o el artista.

Los modos del ocasionar, las cuatro causas, actúan, por lo tanto, den-

⁵ Juego de palabras intraducible entre *An-lassen* y *Ver-an-lassen*. Nótese cómo Heidegger, al utilizar el verbo *-lassen* (dejar), introduce otro de sus temas favoritos: en el mundo griego, a diferencia de lo que ocurre en la actualidad, «se deja ser al Ser». Esto ocurre porque se entiende el ocasionar como un «poner (o traer)-hacia-adelante». (*Her-vor-bringen*) que es respetuoso con la cosa misma ocasionada, esto es, puesta o traída a presencia: *in das An-wesen gebracht*; si Heidegger utiliza *An-wesen* y no, por ejemplo, *Vor-handen*, es porque quiere que exista un estricto paralelismo entre lo que la cosa es, esto es, un producir que conserva la esencia, y lo que la palabra, incluso en su mismo grafismo, conserva, a saber: *-wesen*. Por otra parte, *wesen* también puede significar «Ser», y «Ser» – según Heidegger – era para los griegos «estado de presencia» (*Anwesen-heit*).

tro del producir. Por medio de éste sale a su luz en cada caso tanto lo crecido en la naturaleza como también lo fabricado por la artesanía y el arte.

¿Pero cómo acaece el producir, sea en la naturaleza, sea en la artesanía y en el arte?, ¿qué es el producir, en el que actúa la cuádruple manera del dar-lugar-a? El dar-lugar-a se refiere a la presencia de aquello que en cada caso aparece en el producir. El producir hace pasar, haciendo presente, desde lo oculto a lo no-oculto. El producir sólo acontece en tanto que lo escondido llega a lo no-escondido. Este llegar (*Kommen*) descansa y se agita en aquello que nosotros llamamos el desvelamiento (*das Entbergen*)⁶. Los griegos tenían para esto la palabra ἀλήθεια. Los romanos la tradujeron por «veritas». Nosotros decimos «verdad» y la entendemos habitualmente como la corrección de la representación.

¿Dónde nos hemos extraviado? Preguntamos por la técnica y hemos llegado a la ἀλήθεια, al desvelamiento. ¿Qué tiene que ver la esencia de la técnica con el desvelamiento? Respuesta: todo. Pues en el desvelamiento se fundamenta todo producir. Pero éste reúne en sí y gobierna los cuatro modos del ocasionar —la causalidad. A su ámbito pertenecen fines y medios, pertenece lo instrumental. Esto rige como el rasgo fundamental de la técnica. Si preguntamos paso a paso lo que realmente sea la técnica, llegamos al desvelamiento. En él descansa la posibilidad de toda fabricación productora.

La técnica, pues, no es meramente un medio. La técnica es una manera del desvelamiento. Si estamos atentos a esto, entonces se nos abre un ámbito totalmente diferente para la esencia de la técnica. Es el ámbito del desvelamiento, esto es, de la verdad.

Esta perspectiva nos extraña. Debe también hacerlo, debe hacerlo lo más extensa y tan urgentemente como sea posible, al punto de que de una vez por todas tomemos en serio la lisa y llana pregunta acerca de lo que palabra «técnica» dice. La palabra proviene del griego. τεχνικόν menta aquello que pertenece a la τέχνη. Por lo que hace a la significación de esta palabra debemos tener presentes dos cosas. Una es que τέχνη no es sólo el nombre para el hacer y el poder artesanal, sino también para el más elevado arte y las bellas artes. La τέχνη pertenece al producir, a la ποιήσις, es algo poético.

La otra cosa que hay que pensar por lo que hace a la palabra τέχνη es aún más decisiva. Desde temprano hasta el tiempo de Platón la palabra

⁶ En esta palabra se concentra toda la teoría heideggeriana de la verdad a la que venían apuntando las páginas precedentes. Aparece de nuevo el prefijo *ent-*, en esta ocasión unido al verbo *-bergen*: ocultar. *Entbergen* es, pues, «des-ocultar». El verbo *bergen*, sin embargo, presenta matices sumamente interesantes: significa también «poner a salvo»; nos encontramos, de este modo, con un «poner a salvo ocultando». *Entbergen*, pues, menta un movimiento exactamente contrario: «poner a salvo desocultando».

τέχνη va junto con la palabra ἐπιστήμη. Ambas palabras son nombres para el conocer en el sentido más amplio. Mentan el auto-conocer algo de algo, el auto-entender sobre algo. El conocer da explicación (*gibt Aufschluß*). Como lo que abre (*als aufschließendes*)⁷ es un desvelamiento. Aristóteles distingue en una consideración especial (*Eth. Nic. VI, c. 3 y 4*) la ἐπιστήμη y la τέχνη y precisamente en atención a lo que y a cómo desvelan. La τέχνη es una forma del ἀληθεύειν. Desvela aquello que no se produce por sí mismo y aún no está situado delante, lo que, por tanto, pronto puede parecer así, pronto de otra manera y puede no tener lugar. Quien construye una casa o un barco o forja una copa, desvela la cosa a producir según los puntos de vista de los cuatro modos del ocasionar. Este desvelamiento reúne de antemano el aspecto y la materia de barco y casa en la cosa completa y acabada y determina desde allí el modo de la fabricación. Lo decisivo de la τέχνη, por lo tanto, no reside en modo alguno en el hacer y el manejar, no en el uso de medios, sino en el citado desvelamiento. Como éste, pero no como el fabricar, es la τέχνη un producir.

Así nos conduce, pues, la indicación acerca de lo que la palabra τέχνη dice y cómo determinan los griegos lo nombrado por ella, a la misma conexión que se nos abre cuando seguimos las huellas de la pregunta acerca de lo que lo instrumental como tal sea en verdad.

La técnica es una manera del desvelamiento. La técnica esencializa (*weset*)⁸ en el ámbito donde acaece el desvelamiento y el no-ocultamiento, donde acaece la ἀλήθεια, la verdad.

A esta determinación del ámbito esencial de la técnica puede objetarse que vale ciertamente para el pensar griego y que se adapta en el mejor de los casos a la técnica artesanal, pero que, sin embargo, no corresponde a la moderna técnica de las máquinas motrices. Y precisamente esta última, sólo ella, es lo inquietante que nos mueve a preguntar por la «técnica». Se dice que la técnica moderna es absolutamente diferente frente a todas las más antiguas porque se apoya en las exactas ciencias naturales modernas. Entretanto, se ha reconocido que también lo contrario es váli-

⁷ De nuevo aprovecha Heidegger la similitud entre dos términos, en este caso entre el verbo *aufschließen*, abrir (que figurativamente puede también significar manifestar o hacer patente), y la construcción *Aufschluß geben*, dar explicaciones. Heidegger interpreta, pues, ἐπιστήμη no primeramente como conocer en el sentido de *vorstellen* (representar), sino como «abrir»: «abrir una envoltura» (Cfr. n. 2), y precisamente en tanto que lo que abre, es un conocer —pero no al contrario. De hecho, relacionada con la palabra ἐπιστήμη nos encontramos la voz θεωρία que, en tanto que derivada del verbo ὁραω, significa «contemplación». Estamos, pues, ante una contemplación, en el sentido fisiológico de ver, de lo abierto (lo desvelado) tanto a partir de sí mismo, como a partir de las cuatro maneras del tener-la-culpa-de. Este proceso «epistémico», que también comprende a la τέχνη es «traer (o poner)-hacia-adelante» (Cfr. n. 5). De aquí la conexión entre τέχνη y verdad.

⁸ El verbo *wesen* lo traducimos, con Gaos, con el neologismo «esencializar». No conviene olvidar, sin embargo, que también puede significar «morar» o «ser natural de».

do: la física moderna es, en tanto que experimental, dependiente de aparatos técnicos y del progreso en la construcción de aparatos. La constatación de esta relación de intercambio entre técnica y física es correcta. Pero sigue siendo una constatación meramente histórica de hechos y no nos dice nada de aquello en lo que se fundamenta esta relación de intercambio. La pregunta decisiva, pues, permanece: ¿qué esencia es la de la técnica moderna, como para que ésta última pueda emplear las exactas ciencias naturales?

¿Qué es la técnica moderna? También ella es un desvelamiento. Tan sólo cuando dejamos descansar la mirada en este rasgo fundamental, se nos muestra lo nuevo de la técnica moderna.

Pero el desvelamiento que domina la técnica moderna no se desarrolla en un producir en el sentido de la ποιησις. El desvelamiento imperante en la técnica moderna es un provocar (*Herausfordern*)⁹ que pone a la naturaleza la exigencia de proporcionar energía que pueda ser extraída y almacenada como tal. ¿Pero no vale ésto también para el antiguo molino de viento? No. Sus aspas ciertamente giran al viento y permanecen inmediatamente entregadas a su soplar. Pero el molino de viento no explota las energías de la corriente del viento para almacenarlas.

Una comarca, por el contrario, es provocada en la explotación de carbón y minerales. La corteza terrestre se desvela ahora como cuenca carbonífera, el suelo como yacimiento mineral. Otra cosa acaecía al campo que el campesino cultivaba en otros tiempos, donde cultivar (*bestellen*) aún significaba: cuidar y atender. El hacer del campesino no provoca a las tierras de labor. En el sembrar del grano entrega las semillas a las fuerzas del crecimiento y vigila su germinar. Entretanto, se adivina también en el cultivo del campo el surgimiento de un cultivar de otro tipo, que *emplaza (stellt)*¹⁰ a la naturaleza. La emplaza en el sentido de la pro-

⁹ *Herausfordern*: literalmente exigir-hacia-fuera. La diferencia esencial entre la concepción griega de la τέχνη y la moderna técnica viene marcada por estas dos palabras: *hervorbringen* y *herausfordern*, del «traer (o poner)-hacia-adelante» al «exigir-hacia-fuera». El «hacia» pretende traducir el hecho de que tanto en uno como en otro caso nos encontramos ante un proceso de desvelamiento de lo real; las diferencias entre los dos procesos vienen marcadas por la composición traer-adelante (adelante en la presencia de lo así desvelado)/exigir-fuera (fuera de lo que la cosa así desvelada es como tal cosa).

¹⁰ El verbo *stellen* posee gran variedad de significados. De entre todos ellos hemos escogido para verterlo al castellano el término «emplazar», conscientes del peligro que encierra el matiz jurídico de esta palabra. Quizá, sin embargo, el inconveniente pueda volverse ventaja; en efecto, de acuerdo con la célebre metáfora kantiana para caracterizar la forma de proceder de las ciencias que han tenido éxito, el juez, al emplazar al acusado, no se limita a traerlo a su presencia, sino que exige su confesión; del mismo modo, la técnica moderna no se limita simplemente a traer a presencia la naturaleza, sino que exige de ella que libere energía que pueda ser almacenada y distribuida. Tanto en el emplazar del juez como en el emplazar de la técnica moderna hay indicado un matiz de poder y violencia que, en efecto, justifica —al menos en el presente contexto— la traducción. *Stellen*, por su parte, interviene en multitud de compuestos de los que Heidegger se sirve para caracterizar a la técnica moderna: *bestellen*, *abstellen*, *herausstellen*, etc...

vocación. La agricultura es ahora industria de alimentación motorizada. El aire es emplazado a la entrega de nitrógeno, el suelo a la de minerales, el mineral, por ejemplo, a la de uranio, éste a la de energía atómica, que puede ser desatada para la destrucción o para uso pacífico.

El emplazar que provoca (*herausfordert*) a las energías naturales es un impulsar (*Fördern*) en un doble sentido. Impulsa en tanto que explota y emplaza hacia fuera (*herausstellt*). Este impulsar, sin embargo, permanece de antemano dirigido (*abgestellt*) a impulsar a otra cosa, esto es: impeler adelante hacia la mayor utilidad posible con el mínimo gasto. El carbón extraído en la cuenca carbonífera no se emplaza para que él esté a mano solamente en general y donde sea. Está en depósito, esto es, está en lugar para el encargo (*Bestellung*) del calor solar en él almacenado. Este es provocado a librar calor, que está encargado (*bestellt*) de suministrar vapor, cuya presión impulsa los mecanismos por medio de los cuales funciona una fábrica.

La central eléctrica fluvial está emplazada en la corriente del Rin. La emplaza en su presión hidráulica, la cual emplaza a las turbinas a girar y este giro impulsa a aquella máquina cuyo mecanismo produce el fluido eléctrico de cuya conducción están encargadas la central interurbana y su red de distribución. En esta serie de consecuencias del encargo de energía eléctrica, que inhieren unas en otras, aparece también la corriente del Rin como algo encargado (*als etwas Bestelltes*). La central eléctrica fluvial no está construida en la corriente del Rin como el antiguo puente de madera que desde hace siglos une orilla con orilla. Antes bien, la corriente está reconstruida en la central eléctrica. Es lo que ahora como corriente es, precisamente proveedora de presión hidráulica, y lo es a partir de la esencia de la central eléctrica. Prestemos, sin embargo, atención por un momento, para apreciar tan sólo lejanamente lo terrible que impera aquí, a la contraposición que se expresa en los títulos: «el Rin» reconstruido en la central eléctrica y «el Rin» dicho de la obra de arte del himno de Hölderlin del mismo nombre. Pero el Rin, sin embargo, —se objetará— permanece corriente del paisaje. Puede ser, ¿pero cómo? No de otra forma que como objeto de visita encargable por medio de una agencia de viajes que ha encargado allí una industria turística.

El desvelamiento que domina a la técnica moderna tiene el carácter del emplazar en el sentido del provocar. Esto acaece por el hecho de que se hace patente energía escondida en la naturaleza, se transforma lo hecho patente, se almacena lo transformado, se distribuye de nuevo lo almacenado y se conmuta de nuevo lo distribuido. Hacer patente, conformar, distribuir, almacenar, conmutar son formas del desvelamiento. Sin

Obviamente, ha sido imposible encontrar en castellano construcciones paralelas que contuvieran todas ellas como núcleo la voz «emplazar». Ante tal situación se ha recurrido a poner entre paréntesis el correspondiente término alemán, con la esperanza de que el lector añada a la expresión traducida el matiz de poder y violencia que, según lo dicho, implica el término *stellen*.

embargo éste no transcurre sencillamente. Tampoco se extravía en lo indeterminado. El desvelamiento desvela para él mismo sus propias, diversas, ensambladas vías por el hecho de que las gobierna. El gobierno mismo, a su vez, es asegurado en todas partes. Incluso gobierno y aseguramiento se convierten en los rasgos fundamentales del provocante desvelamiento.

¿Qué clase de no-ocultamiento es propia de lo que tiene lugar por medio del provocante emplazar? En todas partes está encargado a estar en el lugar para el lugar, y precisamente a estar para ser él mismo encargable para un encargar ulterior. Lo así encargado tiene su propio puesto (*Stand*). Lo llamamos existencias (*Bestand*)¹¹. La palabra dice aquí más y más esencial que tan sólo «reservas». La palabra «existencias» es promovida ahora al rango de un título. Caracteriza nada menos que la manera como está presente todo lo que es afectado por el provocante desvelamiento. Lo que está en el sentido de la existencias, no se nos enfrenta más como objeto (*Gegenstand*).

Pero un avión comercial que está en la pista de despegue es en verdad un objeto. Podemos representarnos así a la máquina. Pero entonces se oculta en aquello qué y cómo es. Desvelado en la pista está sólo como existencias, en tanto que está encargado de asegurar la posibilidad del transporte. Por ello debe ser él mismo, en toda su construcción, en cada una de sus partes, susceptible de ser encargado, esto es, listo para partir. (Este sería el lugar para elucidar la determinación hegeliana de la máquina como una herramienta autónoma. Visto desde la herramienta propia de la artesanía su caracterización es correcta. Sin embargo, de este modo, la máquina no es pensada desde la esencia de la técnica, a la que pertenece. Vista desde las existencias, la máquina, finalmente, no es autónoma; pues tiene su propio puesto sólo a partir del encargar de lo encargable).

Que ahora, donde intentamos mostrar la técnica moderna como el provocante desvelamiento, las palabras «emplazar», «encargar», «existencias» se nos impongan y se agrupen en una forma árida, monótona y por ello fatigosa, ésto, tiene su fundamento en aquello que aparece en el lenguaje.

¿Quién efectúa el provocante emplazar por medio del cual aquello que se denomina lo real se desvela como existencias? Obviamente el hombre. ¿En qué medida puede realizar tal desvelamiento? El hombre puede cier-

¹¹ Juego de palabras intraducible entre *Stand* y *Bestand* (pocas líneas más abajo el juego se amplía y complica al hacer su entrada *Gegenstand*). *Bestand* significa existencias en el sentido del stock de mercancías que hay en un almacén (en nuestro caso la naturaleza) a la espera de ser comercializadas; quizá, pues, pudiéramos entender esta palabra en el sentido de «lo ente en tanto que dispuesto y disponible para ser consumido». De esta forma, el sentido del juego de palabras aludido vendría a ser el siguiente: en la técnica moderna el *Stand* (puesto, status...) de la naturaleza no es ser *Gegenstand* (objeto en contra para un sujeto), sino ser *Bestand* (existencias); de aquí que Heidegger pueda hablar más adelante de lo *Gegenstand-los* (lo sin-objeto) que impera en la técnica moderna.

tamente representar, figurar o realizar ésto o aquéllo de una u otra manera. Solamente sobre lo no-oculto, donde en cada caso lo real se muestra o se retira, no dispone el hombre. Que desde Platón lo real se muestre a la luz de las ideas, de ello no es Platón culpable. El pensador sólo correspondió a aquello que se le declaraba.

Sólo en tanto que el hombre, por su parte, es provocado a provocar las energías naturales puede acaecer este encargable desvelamiento. Si en ésto el hombre es desafiado, es encargado, ¿no pertenece entonces también el hombre, originariamente aún más que la naturaleza, a las existencias? Las conversaciones que circulan sobre material humano, sobre material enfermo en una clínica, hablan en pro de ello. El guarda forestal que en el bosque siente la ausencia de la madera talada y, en apariencia, recorre como su abuelo de la misma manera los mismos caminos forestales, está hoy encargado, sépalo o no, por la industria de explotación maderera. Está encargado de la encargabilidad de la celulosa que, por su parte, es provocada por la demanda de papel, que es enviado a los periódicos y revistas ilustradas. Pero éstos emplazan a la opinión pública a devorar lo impreso a fin de que ésta devenga encargable para una encargada dirección dominante de la opinión. Pero precisamente porque el hombre es provocado más originariamente que las energías naturales, a saber, en el encargar, por ésto, nunca se convierte en meras existencias. Sin embargo, lo no-oculto mismo, dentro del cual se despliega el encargar, nunca es un hecho humano, tan poco como el ámbito que el hombre en cada tiempo recorre cuando como sujeto se refiere a un objeto.

¿Dónde y cómo acaece el desvelamiento si no es ningún mero hecho del hombre? No necesitamos buscar muy lejos. Sólo es necesario percibir desprevenido Aquello que siempre ha llamado al hombre, y decidirlo de tal modo que sólo pueda ser como el hombre en cada caso así llamado. Siempre que el hombre abre sus ojos y oídos, manifiesta su corazón, se da libremente al figurar y obrar, al pedir y agradecer, se encuentra, dondequiera que sea, llevado ya a lo no-escondido. Este no estar oculto ha tenido lugar tan a menudo como el hombre lo evoca en las maneras del desvelamiento en él fijadas. Cuando el hombre desvela a su manera dentro de lo no-oculto lo que está presente, sólo entonces corresponde él a la llamada de lo no-oculto, allí mismo donde lo contradice. Cuando, pues, el hombre, investigando, considerando, reajusta la naturaleza como un ámbito de su representar, entonces está ya requerido por una manera del desvelamiento que le provoca a referirse a la naturaleza como un objeto de la investigación, incluso hasta que el objeto desaparece en lo sin-objeto de las existencias.

Así pues, la técnica moderna, en tanto que el desvelamiento que encarga, no es ningún mero hacer humano. Por ello debemos también tomar tal y como se muestra aquel provocar que emplaza al hombre a encargar lo real como existencias. Aquel provocar reúne al hombre en el

encargar. Esto que reúne (*Versammelnde*) concentra al hombre a encarar lo real como existencias.

Lo que originariamente despliega las montañas en líneas y las atraviesa como una reunión de pliegues, ésto, es lo reuniente que llamamos cordillera (*Gebirg*).

Llamamos a aquello reuniente originario a partir del cual se despliegan las maneras según las cuales nuestro ánimo es de una u otra manera, el temperamento (*Gemüt*).

Llamamos ahora a aquella pretensión provocante que reúne a los hombres a encarar lo auto-desvelante como existencias, el *Ge-stell*¹².

Nos aventuramos a utilizar esta palabra en un sentido hasta ahora totalmente inhabitual.

Según el significado habitual, la palabra *Gestell* menta un utensilio, por ejemplo un estante de libros (*Büchergestell*). *Gestell* significa también un esqueleto. Y tan lúgubre como éste parece ser la utilización ahora exigida de la palabra *Gestell*, por callar totalmente acerca de lo arbitrario con lo que palabras tales de una lengua desarrollada son así maltratadas. ¿Puede ejercerse aún más la rareza? Ciertamente no. Sólo que esta rareza es un antiguo uso del pensar. Y ciertamente se someten a él los pensadores justamente allí donde es preciso pensar lo más elevado. Nosotros, los nacidos tardíamente, ya no estamos en condiciones de apreciar lo que significa el hecho de que Platón se aventure a usar la palabra εἶδος para aquello que esencializa en todo y en cada caso. Pues εἶδος significa en el lenguaje cotidiano el aspecto que presenta una cosa visible a nuestro sentido de la vista. Platón exige, sin embargo, a esta palabra lo totalmente inhabitual, para nombrar aquello que precisamente no es y no será jamás perceptible con el sentido de la vista. Pero tampoco con esto finaliza lo inhabitual. Pues εἶδος nombra no sólo el aspecto no sensible de lo visible sensiblemente. Aspecto, ἰδέα, significa y es también lo que integra la esencia en lo audible, palpable, sensible, en cualquier cosa que sea accesible de algún modo. Frente a aquello que Platón exige al lenguaje y al pensar en este y otros casos, el uso ahora aventurado de la palabra *Gestell* como nombre para la esencia de la técnica moderna es casi inofensivo.

¹² *Ge-stell* en el sentido técnico que aquí le da Heidegger, resulta absolutamente intraducible. Tal vez un par de comentarios puedan aclarar qué es lo que esta palabra nombra. Por una parte *Ge-stell* significa armazón o varillaje. Si, por ejemplo, tenemos un armazón rectangular y de 2 cm², no podremos construir sobre él una estructura circular y de 2 m²; en este sentido *Ge-stell* es un armazón que impone un determinado modo de ser, o, por ser más exactos, una determinada forma de desvelamiento, a saber: como encargable ente que está listo para el consumo. Por otra parte, en *Ge-stell*, nos encontramos de un lado la raíz *-stell* que hace referencia a «emplazar» (Cfr. n. 11) y, de otro, el prefijo *Ge-*, que indica reunión; por ejemplo: *Ge-birg*, cordillera, esto es, reunión de montañas. Desde esta perspectiva, y sin perder de vista la anterior, habría que entender *Ge-stell* como lo que emplaza reuniendo o bien como lo reunido emplazado. El significado de *Ge-stell* viene, pues, determinado por tres puntos: a) armazón que im-ponc, b) emplazar, c) reunión.

Con todo, el uso lingüístico ahora postulado sigue siendo una exigencia excesiva y que da lugar a interpretaciones falsas.

Gestell significa lo reuniente de cualquier emplazar que emplaza al hombre, esto es, lo provoca, a desvelar lo real en la manera del encarar como existencias. *Gestell* significa la manera del desvelamiento que impera en la esencia de la técnica moderna y él mismo no es nada técnico. A lo técnico, por el contrario, pertenece todo aquello que conocemos como varillaje y rocalla y armazón y sus correspondientes componentes, lo que se llama montaje. Este, sin embargo, acompañado de los mencionados componentes, cae en el ámbito del trabajo técnico, que invariablemente corresponde sólo a la provocación del *Ge-stell*, pero nunca integra o produce a este mismo.

La palabra «emplazar» (*stellen*) menta en el rótulo *Ge-stell* no sólo el provocar, debe también al mismo tiempo conservar la reminiscencia de otro «emplazar», del cual proviene, a saber: de aquel efectuar y representar que, en el sentido de la *ποίησις*, deja aparecer lo presente en lo no-oculto. Este efectuar que produce (*hervorbringende Her-stellen*), por ejemplo, el erigir una estatua en un templo, y el provocante encarar ahora pensado son, ciertamente, radicalmente distintos y permanecen sin embargo emparentados en la esencia. Ambos son maneras de desvelamiento, de la *ἀλήθεια*. En el *Ge-stell* acontece lo no-oculto, de acuerdo con lo cual el trabajo de la técnica moderna desvela lo real como existencias. Por ello no es ni sólo un hacer humano, ni un mero medio dentro de tal hacer. La determinación sólo antropológica e instrumental de la técnica se vuelve en principio vana; no se deja completar por una explicación metafísica o religiosa, la cual le sería sólo interpolada detrás.

Cierto permanece en todo caso el hecho de que el hombre de la época técnica es provocado de una manera especialmente predominante en el desvelamiento. Este concierne en primer lugar a la naturaleza como el almacén principal del stock energético. Conforme a ésto, el comportamiento-encargante del hombre se muestra en primer lugar en el surgir de la moderna ciencia natural exacta. Su modo de representar reajusta a la naturaleza como una conexión calculable de fuerzas. La física moderna no es física experimental porque aplique aparatos para la interrogación de la naturaleza, sino al contrario: porque la física, y ciertamente ya como pura teoría, emplaza a la naturaleza a presentarse como una conexión de fuerzas calculable de antemano, por ello es encargado el experimento, a saber: para la interrogación de si se presenta la naturaleza así emplazada y cómo lo hace.

Pero la ciencia natural matemática surgió, sin embargo, casi dos siglos antes que la técnica moderna: ¿Cómo pudo entonces ser emplazada a su servicio por la técnica moderna? Los hechos hablan en contra. La técnica moderna entra por primera vez en juego cuando puede apoyarse sobre las ciencias naturales exactas. Calculado históricamente (*historisch*) ésto per-

manece correcto. Históricamente (*Geschichtlich*)¹³ pensado, no alcanza lo verdadero.

La teoría física moderna de la naturaleza es la precursora, no primeramente de la técnica, sino de la esencia de la técnica moderna. Pues el provocante reunir en el encargante desvelamiento impera ya en la física. Pero aún no se muestra en ella expésamente. La física moderna es la precursora del *Ge-stell* aún desconocido en su origen. La esencia de la técnica moderna se ocultó durante largo tiempo, incluso allí donde ya fueron descubiertas máquinas motrices, donde se puso en camino la electrónica y entró en juego la técnica atómica.

Todo lo esente (*alles Wesende*), no sólo aquel de la técnica moderna, permanece en todas partes oculto durante el más largo tiempo. Sin embargo, permanece en la perspectiva de su imperar de tal modo que precede a todo: lo más temprano. De ésto ya sabían los pensadores griegos cuando decían: aquello que con respecto del salir que impera es más temprano, se hace público a nosotros los hombres más tarde por vez primera. A los hombres se muestra lo inicial temprano por vez primera a última hora. Por ésto, el ámbito del pensamiento es un esfuerzo para repensar lo inicialmente pensado aún más inicialmente, no la absurda voluntad de renovar lo pasado, sino la sobria disposición a admirarse ante lo que viene de lo más temprano.

Para el cálculo temporal histórico el comienzo de la ciencia natural moderna está en el siglo XVII. La técnica de las máquinas motrices, por el contrario, se desarrolló por primera vez en la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, lo que es más tardío para la constatación histórica (*historisch*), la técnica moderna, es por lo que hace a la esencia en ella dominante lo históricamente (*geschichtlich*) más temprano.

Si la física moderna debe entenderse de forma creciente de manera que su ámbito de representación permanezca no-intuitivo, entonces esta renuncia no está dictada por alguna comisión de investigadores. Está provocada por el imperar del *Ge-stell* que exige la encargabilidad de la naturaleza como existencias. Por ello, en toda retirada de aquello sólo poco antes decisivo, la física puede renunciar sólo al modo de representación volcado en los objetos, pero nunca a lo siguiente: a registrar a la

¹³ Podría mantenerse la diferencia entre *Historisch* y *Geschichtlich* traduciendo el primero de estos términos, por ejemplo, por «historizante». El neologismo sería, sin embargo, ocioso, pues la contraposición *Historisch/Geschichtlich* en modo alguno queda reflejada en la contraposición «historizante/histórico»: «La palabra *Historie* (ἱστορεῖν) significa: indagar y hacer visible y nombra por ello una forma del representar. La palabra *Geschicht* significa, por el contrario, aquello que tiene lugar en tanto que dispuesto y encargado de una u otra forma, esto es, lo enviado y destinado (*geschickt*). *Historie* es la averiguación de la *Geschicht*.» (Cfr. «Wissenschaft und Besinnung» en *Vorträge und Aufsätze*, ed. cit., p. 55. *Historie*, pues, sería en alguna medida lo historiográfico, mientras que *Geschicht* habría que pensarla en relación con *Geschick*, esto es, con «destino» y «envío») (Cfr. más adelante notas 14 y 15). En nuestra traducción conservamos, entre paréntesis, los correspondientes términos alemanes.

naturaleza de algún modo en una manera constatable por cálculo y a permanecer encargable como un sistema de informaciones. Este sistema se determina entonces a partir de una causalidad de nuevo modificada. Ésta no muestra ahora ni el carácter del productivo dar-lugar-a, ni la índole de la causa *efficiens* o de la causa *formalis*. Presumiblemente la causalidad se contrae a un provocativo registrar de existencias aseguradas simultáneamente o una tras otra. A esto corresponde el proceso de la creciente auto-resignación que describe en una forma impresionante la conferencia de Heisenberg (W. Heisenberg, «Das Naturbild in der heutigen Physik», in *Die Künste im technischen Zeitalter*, München 1954, pp 43 y ss).

Porque la esencia de la técnica moderna descansa en el *Ge-stell*, por ésto debe emplear las ciencias naturales exactas. De aquí surge la apariencia engañosa de que la técnica moderna es ciencia natural aplicada. Esta apariencia puede afirmarse mientras no sea averiguado ni el origen esencial de la ciencia moderna, ni la esencia de la técnica moderna.

Preguntamos por la técnica con objeto de traer a la luz nuestra relación con su esencia. La esencia de la técnica moderna se muestra en aquello que llamamos el *Ge-stell*. Pero la alusión a ésto aún no es en modo alguno la respuesta a la pregunta por la técnica, si responder significa: corresponder (*entsprechen*) a la esencia de aquello por lo que se pregunta.

¿Dónde nos vemos llevados si ahora damos un paso más en el pensar aquello que el *Ge-Stell* como él mismo es? No es nada técnico, nada relativo a las máquinas. Es la manera según la cual se desvela lo real como existencias. Preguntamos de nuevo: ¿acaece este desvelamiento en algún lugar más allá de todo hacer humano? No. Pero tampoco acaece sólo *en* lo humano y no decisivamente *a través* (*durch*) de él.

El *Ge-stell* es lo que reúne cualquier emplazar que emplaza al hombre a desvelar lo real como existencias en la forma del encarar. Como lo así provocado el hombre está en el ámbito esencial del *Ge-stell*. El hombre no puede de ningún modo admitir posteriormente una relación con este último. De aquí que la pregunta, cómo debemos entrar en una relación con la esencia de la técnica, llegue en esta forma siempre excesivamente tarde. Pero nunca llega excesivamente tarde la pregunta sobre si nosotros nos experimentamos intencionadamente como aquello cuyo hacer y dejar de hacer en todas partes, ora público, ora escondido, es provocado por el *Ge-stell*. Sobre todo, nunca llega demasiado tarde la pregunta sobre si y cómo nos introducimos intencionadamente allí donde esencializa el *Ge-stell* mismo.

La esencia de la técnica moderna pone a los hombres en el camino de aquel desvelamiento por medio del cual en todas partes lo real, más o menos perceptiblemente, deviene existencias. Poner en un camino: esto significa en nuestro lenguaje: enviar (*schicken*). A este enviar reuniente que pone a los hombres por vez primera en un camino de desvelamiento

lo llamamos el *Geschick*¹⁴. Desde aquí se determina la esencia de toda historia (*Geschicht*). Esta no es ni sólo el objeto de la historia (*Historie*), ni sólo la consumación del hacer humano. Éste se vuelve histórico (*geschichtlich*) por vez primera como un destinar (*als ein geschickliches*) (Cfr. *Vom Wesen der Wahrheit*, 1930; en la primera ed. 1943, pp. 16 y s.) Y sólo entonces el *Geschick*, en el representar objetivamente, hace a lo histórico (*das Geschichtliche*) accesible como objeto para la historia (*Historie*), esto es, para una ciencia, y desde aquí hace posible por vez primera la equiparación de uso corriente de lo histórico (*Geschichtlich*) con lo histórico (*Historisch*).

Como la provocación en el encargar el *Ge-stell* envía en una manera del desvelamiento. El *Ge-stell* es un destino (*Schickung*)¹⁵ del *Geschick* como cualquier manera del desvelamiento. El producir, la ποιησις es también *Geschick* en el sentido nombrado.

Lo no-oculto de aquello que es siempre transcurre por un camino de desvelamiento. El *Geschick* del desvelamiento siempre gobierna totalmente a los hombres. Pero no es nunca la fatalidad de una coerción. Pues el hombre deviene precisamente libre por vez primera en tanto que pertenece (*gehört*) al ámbito del *Geschick* y así se vuelve un oyente (*Hörender*) pero no un esclavo (*Höriger*).

La esencia de la libertad no acompaña *originariamente* a la voluntad o la causalidad del querer humano.

La libertad administra lo libre en el sentido de lo aclarado (*Gelichteten*), esto es, de lo desvelado. El acaecimiento del desvelamiento, esto es,

¹⁴ El término *Geschick* debe ser abordado, al menos, desde tres perspectivas: por una parte, significa «destino»; por otra, en la medida en que hace referencia al verbo *schicken* (enviar) sería «lo enviado» la traducción más acertada (el prefijo *Ge-* vuelve a indicar reunión: enviar reuniente). En tal caso una traducción por «destino» en el sentido de destinar, esto es, de enviar, parecería justificada. Pero esta opción descuida la similitud fonética, que en modo alguno resulta azarosa o sin importancia para Heidegger, entre *Geschick* y *Geschicht* (historia). Ante la imposibilidad de encontrar una palabra castellana que reuniera en sí estas tres perspectivas hemos optado por dejarla en alemán. Sus derivados *geschichtlich* y *geschickhaft* los hemos traducido, respectivamente, por «destinal» (en el sentido de tener un *Geschick*) y «destinal» (en el sentido de relativo al *Geschick*). Sin embargo, hay que hacer notar que la similitud con *Geschichtlich* se mantiene: no obstante, nos parecía excesivamente hiriente utilizar un sustantivo en castellano adjetivado en alemán.

¹⁵ De acuerdo con lo dicho en la nota anterior podríamos haber traducido *Schickung* por «envío». Sin embargo, en este caso nos parece más indicado destino; destino casi en el sentido de providencia, pues la providencia no es simplemente un destino sino, más bien, el envío de un destino. En efecto, del mismo modo que la providencia divina (*die göttliche Schickung*, las connotaciones teológicas del pensamiento heideggeriano alcanzan hasta su terminología) nos destina un destino, el *Ge-stell* es un destino que se nos destina. El *Ge-stell*, como el mismo Heidegger indica, no es otra cosa que el Ser mismo (Cfr. «La vuelta», pp. 254 y ss.). El Ser, como quería Aristóteles, se dice de muchas maneras, entre ellas: *Ge-stell*. Heidegger, haciendo suya esta idea, diría: el Ser se nos destina de muchas maneras (cada una de las cuales es un camino de desvelamiento); ahora, en la época técnica, se nos destina como *Ge-stell*, entre los griegos, por el contrario, este destinar-se era ποιησις. *Geschick* indica precisamente tal «destinarsen» en general; el destinarse del Ser marca, a su vez, un destino: ésto es lo que indica el término *Schickung*.

la verdad, es tal que está con la libertad en el más próximo e íntimo parentesco. Todo desvelamiento (*Entbergen*) pertenece a un ocultar (*Ber-
gen*) y a un esconder (*Verbergen*). Pero lo liberador, el misterio (*Geheim-
nis*) está oculto y siempre ocultándose. Todo desvelamiento viene de lo
libre, va a lo libre y nos lleva a lo libre. La libertad de lo libre no consiste
ni en la licencia del libre albedrío, ni en la atadura por medio de meras
leyes. La libertad es lo que esconde aclarando, en cuyo claro (*Lichtung*) se
agita todo velo, el cual cubre lo esente de toda verdad y hace aparecer al
velo como lo que cubre. La libertad es el ámbito del *Geschick* que siempre
pone en su camino un desvelamiento.

La esencia de la técnica moderna descansa en el *Ge-stell*. Este pertene-
ce al *Geschick* del desvelamiento. Estas frases dicen otra cosa que el dis-
curso con frecuencia divulgado de que la técnica es el destino de nuestra
época, donde destino (*Schicksal*) menta: la inevitabilidad de un transcur-
so invariable.

Si, por el contrario, pensamos la esencia de la técnica, entonces expe-
rimentamos el *Ge-stell* como un *Geschick* del desvelamiento. Así nos de-
tenemos en lo libre del *Geschick*, que en modo alguno nos confina en una
sorda coerción a ejercer la técnica ciegamente o, lo que es lo mismo, a
sublevarnos desamparados frente a ella y a anatemizarla como obra dia-
bólica. Por el contrario: si nos abrimos expresamente a la *esencia* de la
técnica, nos encontramos de improviso arrebatados por una exigencia li-
beradora.

La esencia de la técnica descansa en el *Ge-stell*. Su imperar pertenece
al *Geschick*. Porque éste pone a los hombres siempre en un camino de
desvelamiento, el hombre avanza, durante el camino, continuamente en
las lindes de la posibilidad de perseguir y ejercer lo desvelado sólo en el
encargar y tomar de aquí toda medida. Así se cierra la otra posibilidad:
que el hombre antes y más y siempre se introduzca en la esencia de lo
no-escondido y su no-ocultación para experimentar como su esencia la
tenida pertenencia al desvelamiento.

Colocado entre estas dos posibilidades el hombre es puesto en peligro
por el *Geschick*. El *Geschick* del desvelamiento es como tal, en cada una
de sus maneras y por ello necesariamente, *peligro*.

En la medida que pueda imperar también siempre el *Geschick* del
desvelamiento, la no-ocultación, en la que todo lo que es siempre se
muestra, oculta el peligro de que el hombre se asuste al mirar lo no-
escondido y lo malinterprete. Así, donde todo lo presente se representa a
la luz de la conexión causa-efecto, incluso Dios puede perder para el re-
presentar de todo lo sagrado y elevado el misterio¹⁶ de su lejanía. Dios, a

¹⁶ Misterio: *Geheimnis*: respecto de esta palabra conviene destacar, en primer lugar, su utili-
zación en alemán en contextos preferentemente religiosos. En segundo lugar, señalar que su
núcleo es *-heim-*, casa, hogar, morada: su relación con *Wahmnis*, palabra que más adelante em-
pleará Heidegger para significar morada o guarida, es, pues, evidente. Pero nótese que *Wahmnis*,

la luz de la casualidad, puede descender a causa, a causa *efficiens*. Se torna entonces dentro de la teología en Dios de los filósofos, a saber, de aquellos que determinan lo no-oculto y lo oculto según la causalidad del hacer, sin pensar aquí jamás el origen esencial de esta causalidad.

Asimismo, la no-ocultación, de acuerdo con la cual se representa la naturaleza como un efecto complejo y calculable de fuerzas, puede autorizar constataciones correctas, pero precisamente por estos éxitos puede permanecer el peligro de que en todo lo correcto se retire lo verdadero.

El *Geschick* del desvelamiento es en sí no un peligro cualquiera, sino *el* peligro.

Si impera, sin embargo, el *Geschick* en la forma del *Ge-stell*, entonces esto es el máximo peligro. Se nos atestigua según dos puntos de vista. Tan pronto como lo no-escondido puede pasar para los hombres ya no como objeto, sino exclusivamente como existencias y el hombre, dentro de lo sin-objeto, es tan sólo el encargador de las existencias, entonces, el hombre recorre el linde más exterior del precipicio, a saber, allí donde él mismo deberá ser tomado tan sólo como existencias. Mientras tanto, precisamente el hombre así amenazado se contonea en forma de señor de la tierra. Así se generaliza la apariencia de que todo lo que se encuentra sólo subsiste en tanto sea un hecho del hombre. Esta apariencia hace madurar una última engañosa ilusión. Según ésta, parece como si el hombre encontrara en todas partes tan sólo a sí mismo. A este respecto Heisenberg ha indicado con pleno derecho que el hombre actual debe representarse así lo real (op. cit. pp 60 y 22.) *Entretanto, hoy no se encuentra el hombre a sí mismo, esto es, a su esencia, en verdad nunca más en ninguna parte.* El hombre está tan resuelto en seguimiento de la provocación del *Ge-stell* que no lo percibe como una exigencia del hecho de que él mismo se abarque con la mirada como el exigido y, con ello, también pase por alto hasta qué punto él *ex-iste* (*ek-sistiert*) desde su esencia en el ámbito de una llamada y, por ello, *nunca pueda encontrarse más que a sí mismo.*

Pero el *Ge-stell* no sólo pone en peligro al hombre en su relación con él mismo y con todo lo que es. En tanto que *Geschick* destierra todo desvelamiento al desvelamiento tipo encargar. Donde se enseñorea éste, expulsa cualquier otra posibilidad de desvelamiento. El *Ge-stell* oculta sobre todo aquel desvelamiento que, en el sentido de la *ποίησις*, deja mostrarse en el aparecer lo presente. En comparación con éste, el provocante emplazar oprime, en relación de dirección contraria, a aquello que es. Donde impera el *Ge-stell*, gobierno y afianzamiento de las existencias graban todo desvelamiento. Incluso no dejan aparecer ya su propio rasgo fundamental, a saber, este desvelamiento como tal.

Así oculta, pues, el provocante *Ge-stell* no sólo una antigua forma del

a su vez, dice relación a *wahr* (lo verdadero). Una traducción perfecta, por tanto, debería encontrar una palabra que significara «misterio» en esta relación que —para Heidegger— guarda con lo verdadero y con morada.

desvelamiento, el producir, sino que oculta el desvelamiento como tal y con él Aquello donde acontece lo no-oculto, esto es, la verdad.

El *Ge-stell* enmascara (*verstellt*) el resplandecer e imperar de la verdad. El *Geschick* que envía (*schickt*) en el encargar es, por lo tanto, el peligro más extremo. Lo peligroso no es la técnica. No hay ningún demonio de la técnica, más bien, al contrario, hay el misterio de su esencia. La esencia de la técnica es, como un *Geschick* del desvelamiento, el peligro. Quizá ahora el transformado significado de la palabra '*Ge-stell*' se nos vuelva algo más familiar, si pensamos el *Ge-stell* en el sentido de *Geschick* y peligro.

La amenaza para el hombre no proviene en primer lugar de las posiblemente mortíferas máquinas y aparatos de la técnica. La verdadera amenaza la tiene ya el hombre referida a su esencia. El dominio del *Ge-stell* amenaza con la posibilidad de que el hombre pueda ser recusado de volver a un desvelamiento más originario y así experimentar la llamada de una verdad más inicial.

Así pues, donde domina el *Ge-stell* es(ta) *peligro* en el sentido más elevado.

«Pero donde es(ta) el peligro, crece también lo salvífico.»

Meditemos cuidadosamente las palabras de Hölderlin. ¿Qué significa «salvar»? Habitualmente —pensamos— sólo significa: coger al vuelo lo amenazado de muerte para asegurarlo en su anterior persistencia. Pero «salvar» dice más. «Salvar» es: salir al encuentro de la esencia para así llevar la esencia por vez primera a su aspecto auténtico. Si la esencia de la técnica, el *Ge-stell*, es el peligro más extremo y si al mismo tiempo las palabras de Hölderlin dicen lo verdadero, entonces el dominio del *Ge-stell* no puede agotarse sólo en enmascarar todo relucir de cualquier desvelamiento, todo brillar de la verdad. Antes bien, la esencia de la técnica debe ocultar en sí el crecimiento de lo salvífico. ¿Pero, una mirada suficientemente abarcadora de aquello que el *Ge-stell* es como un *Geschick*, no podrá entonces traer a la luz lo salvífico en su surgir?

¿En qué sentido crece allí, donde está el peligro, también lo salvífico? Donde crece algo, allí se enraiza, desde allí se desarrolla. Ambas cosas acaccen escondida y calladamente y a su tiempo. Pero según las palabras del poeta precisamente no debemos esperar allí, donde está el peligro, poder capturar lo salvífico inmediatamente y sin preparación. Por ello ahora debemos meditar previamente en qué sentido en aquello que es el peligro más extremo, en qué sentido en el imperar del *Ge-stell*, se enraiza lo salvífico. Para meditar tal cosa es necesario —en un último paso de nuestro camino— mirar aún más detenidamente el peligro. En consecuencia, deberemos preguntar otra vez por la técnica. Pues en su esencia se enraiza y se desarrolla, según lo dicho, lo salvífico.

¿Cómo podremos descubrir lo salvífico en la esencia de la técnica en tanto que no meditemos en qué sentido de «esencia» el *Gestell* es realmente la esencia de la técnica?

Hasta ahora entendíamos la palabra «esencia» en el significado habitual. En el lenguaje de la filosofía escolástica esencia significa aquello *que* algo es, en latín: *quid*. La quidditas, la quiddidad da respuesta a la pregunta por la esencia. Lo que, por ejemplo, es propio de todos los tipos de árboles, encinas, hayas, abedules, abetos, es la misma arboreidad. Bajo ésta, como el género universal, el «universale», caen los árboles reales y posibles. ¿Es, pues, la esencia de la técnica, el *Ge-stell*, el género común para todo lo técnico? Si así fuera, entonces sería, por ejemplo, la turbina a vapor, sería la radio, sería el ciclotrón un *Ge-stell*. Pero la palabra «*Ge-stell*», no menta ahora ningún artefacto o algún tipo de aparatos. Menta aún menos el concepto general aplicable a tales existencias. Las máquinas y aparatos son tan poco casos y tipos del *Ge-stell* como pueda serlo el hombre en el cuadro de distribución y el ingeniero en la oficina de la construcción. Todo esto pertenece, cada uno a su modo, al *Ge-stell* como parte de las existencias, como existencias, como encargado, pero ésto nunca es la esencia de la técnica en el sentido de un género. El *Ge-stell* es una manera destinal (*geschickhaft*) del desvelamiento, a saber: la provocante. Una tal manera destinal es también el desvelamiento producente, la *ποίησις*. Pero estas maneras no son especies que, ordenadas una al lado de la otra, caigan bajo el concepto de desvelamiento. El desvelamiento es aquel *Geschick* que en cualquier momento y súbita e inexplicablemente para todo pensar se distribuye en el desvelamiento provocante y en el producente y se da en parte al hombre. El desvelamiento provocante tiene en el producente su origen destinal (*geschicklich*). Pero al mismo tiempo el *Ge-stell* enmascara destinalmente (*geschickhaft*) la *ποίησις*.

Así pues, el *Ge-stell* como un *Geschick* del desvelamiento es ciertamente la esencia de la técnica, pero nunca es esencia en el sentido del género y de la *essentia*. Si reparamos en ésto entonces nos alcanza algo sorprendente: la técnica es tal que exige de nosotros pensar en otro sentido aquello que habitualmente se entiende por «esencia». ¿Pero en cuál?

Ya cuando decimos «esencia de la casa», «esencia del Estado», no mentamos lo general de un género, sino la manera como casa y Estado imperan, se administran, se desarrollan y declinan. Es la manera como esencializan. J. P. Hebel emplea en un poema, «*Gespenst an der Kanderer Straße*», que Goethe apreciaba especialmente, la antigua palabra «*Weserei*». Significa el ayuntamiento en tanto que allí se reúne la vida en común y entra en juego el *Dasein* de la comunidad, esto es, esencializa. Del verbo «*wesen*» (esencializar) proviene el sustantivo. «*Wesen*», entendido verbalmente, es lo mismo que «perdurar» (*währen*)¹⁷; no sólo

¹⁷ El eslabón entre *Wesen* y *währen* es la antigua palabra alemana *wëren*, que significa precisamente lo que perdura. Obsérvese, por otra parte, la similitud, imposible de conservar en la

conceptualmente, sino también en la formación fonética de la palabra. Ya Sócrates y Platón pensaban la esencia de algo como lo esente en el sentido de lo perdurante (*Währenden*). Aún más, pensaban lo perdurante como lo perdurante sin interrupción (*Fortwährende*) (ἀεὶ ὄν). Lo perdurante sin interrupción lo encontraban en aquello que, como lo permanente (*Bleibende*), se mantiene firmemente en lo que ocurre. Esto permanente en su entorno lo descubrían en el aspecto (*Aussehen*) (εἶδος, ἰδέα), por ejemplo, en la idea (*Idee*) «casa».

En esta se muestra aquello que es cualquier cosa del género casa. Las casas particulares reales y posibles son por el contrario modificaciones cambiantes y percederas de la «Idea», y pertenecen por tanto a lo no-perdurante (*Nichtwährende*).

Pero de ninguna manera es fundamentable el que lo perdurante deba descansar sólo y únicamente en aquello que Platón pensaba como ἰδέα, Aristóteles como τὸ τί ἦν εἶναι (aquello que una cosa era ya), lo que la metafísica en las más diversas exposiciones piensa como *essentia*.

Todo lo esente perdura. ¿Pero es lo perdurante sólo lo perdurante sin interrupción? ¿Perdura la esencia de la técnica en el sentido del perdurar sin interrupción de una idea que flota sobre todo lo técnico, de modo que de aquí surge la apariencia de que el nombre «la técnica» mente un mítico *abstractum*? Como esencializa la técnica, ésto sólo se deja conjeturar a partir de aquel perdurar sin interrupción donde acontece el *Ge-stell* como un *Geschick* del desvelamiento. Goethe emplea en una ocasión (*Die Wahlverwandschaften*, II parte, capt. 10, en la novela «Die wunderliche Nachbarskinder»), en lugar de «perdurar sin interrupción», la palabra llena de misterio «asegurar sin interrupción» (*fortgewähren*). Su oído escucha aquí «währen» y «gewähren»¹⁸ (perdurar y asegurar sin interrupción) en una inefable consonancia. Si meditamos, pero más reflexivamente que hasta el momento, lo que perdura auténticamente y es quizá lo único que

traducción al castellano entre *währen* (perdurar) y *wahr* (verdadero); en principio, pues, esencializar es lo mismo que perdurar, esto es, que «verdadar». La palabra *währen* puede significar además «confiar»: tenemos confianza en aquello que perdura y es verdad. A partir de *währen* surge *fort-währen*: el prefijo *fort-* añade a «perdurar/verdadar/confiar» un matiz que indica continuación en el tiempo, esto es, «perdurar sin interrupción».

¹⁸ El prefijo *ge-*, como ya señalábamos, indica reunión; el sentido literal de *gewähren* sería, pues, perdurar (*-währen*) reuniente (*ge-*). Para Heidegger, pues, lo asegurante es lo perdurante que reúne. «Esencia», pues, hay que pensarla en este contexto como lo perdurante en el sentido de lo que asegura lo que reúne. En la n. 14 justificábamos la imposibilidad de traducir al castellano la palabra *Geschick* apoyándonos en la similitud fonética que existe entre esta palabra y el término *Geschicht*. Podemos ahora investigar qué es lo que hay tras esta similitud fonética. La esencia, como el Ser, se da en el tiempo; en este sentido es histórica (*geschichtlich*). Ahora bien, que sea histórica no quiere decir esté históricamente (*historisch*) determinada, puesto que, como acabamos de ver, la esencia perdura. Es, pues, histórica en el sentido de *Geschick* y no en el sentido de *Historie*: histórica no como acontecer históricamente constatable de hechos, sino como destino marcado por el destinar-se del Ser.

perdura, entonces podremos decir: *sólo lo asegurador perdura. Lo inicial perdurante en lo más temprano es lo asegurante.*

Como lo esente de la técnica el *Ge-stell* es lo perdurante. ¿Impera éste en el sentido de lo asegurante? Ya la pregunta parece ser una equivocación notoria. Pues el *Ge-stell* es, según todo lo dicho, un *Geschick* que reúne el provocante desvelamiento. Provocar es cualquier cosa menos un asegurar. Así nos lo parece en tanto que no prestemos atención al hecho de que también el provocar en el encargar de lo real como existencias sigue siendo todavía un enviar (*Schicken*) que pone a los hombres en un camino del desvelamiento. Como tal *Geschick* introduce lo esente de la técnica al hombre en Aquello que él mismo desde sí ni puede inventar, ni hacer: pues no hay algo así como un hombre que sea hombre a partir exclusivamente de sí mismo.

¿Si este *Geschick*, el *Ge-stell*, es el peligro más extremo, no sólo para la esencia humana, sino para todo desvelamiento como tal, puede entonces llamarse a este enviar aún un asegurar? Sin duda, y completamente si en este *Geschick* debe crecer lo salvífico. Cualquier *Geschick* de un desvelamiento acontece a partir del asegurar y como tal. Pues éste lleva al hombre por vez primera a aquella parte en el desvelamiento que emplea el acontecimiento del desvelamiento. Como lo así empleado el hombre está unido al acontecimiento de la verdad. Lo asegurante que envía de una u otra manera en el desvelamiento es como tal lo salvífico. Pues éste deja al hombre contemplar la más elevada dignidad de su esencia y hospedarse (*einkehren*) allí. Tal dignidad estriba en apacentar lo no-oculto y, con ello, previamente, lo oculto de toda esencia que está sobre esta tierra. Precisamente en el *Ge-stell*, que amenaza arrastrar fascinando al hombre en el encargar como la pretendida única manera del desvelamiento y así empuja al hombre al peligro de la renuncia de su esencia libre, precisamente en este peligro más extremo sale a la luz la íntima, indestructible vinculación del hombre como lo asegurante, suponiendo que nosotros por nuestra parte comencemos a prestar atención a la esencia de la técnica.

Así oculta en sí (lo que menos sospechábamos) lo esente de la técnica el posible inicio de lo salvífico.

Por esto todo reside en que meditemos el inicio y lo apacentemos pensando. ¿Cómo acaece ésto? Ante todo, no de otra manera que divisan-do lo esente en la técnica en lugar de tener sólo la vista clavada en lo técnico. En tanto que nos representemos la técnica como instrumento intentaremos vencerla. Pasamos por delante de la esencia de la técnica.

Si, entretanto, preguntamos cómo esencializa lo instrumental como un modo de lo causal, entonces experimentaremos esto esente como el *Geschick* de un desvelamiento.

Si por último reflexionamos sobre el hecho de que lo esente de la esencia acaece en lo asegurante que emplea al hombre en la parte que él toma para el desvelamiento, entonces se muestra:

La esencia de la técnica es ambigua en un sentido elevado. Tal ambigüedad alude al misterio de todo desvelamiento, esto es, de la verdad.

Por una parte, el *Ge-stell* provoca a lo terrible del encargar que enmascara cualquier mirada en el acontecimiento del desvelamiento y pone así en peligro, desde el fundamento, la relación con la esencia de la verdad.

Por otra parte, el *Ge-stell*, por su parte, acaece en lo asegurante que deja perdurar al hombre (inexperimentado ésto hasta la fecha, pero experimentable quizá en el futuro) en ser lo empleado para la salvaguardia de la esencia de la verdad. Así aparece el inicio de lo salvífico.

Lo incontenible del encargar y lo retenido de lo salvífico desfilan juntos, como en el curso de una constelación la órbita de dos estrellas. Sin embargo, este su paso es lo escondido de su proximidad.

Si observamos en la ambigua esencia de la técnica entonces divisamos la constelación, el movimiento estelar del misterio.

La pregunta por la técnica es la pregunta por la constelación en la que acontecen desvelamiento y ocultación, en la que acontece lo esente de la verdad.

¿Pero de qué nos sirve la mirada en la constelación de la verdad? Miramos en el peligro y divisamos el crecimiento de lo salvífico.

Por ello aún no estamos salvados. Pero estamos reclamados a esperar¹⁹ a la luz creciente de lo salvífico. ¿Cómo puede acaecer ésto? Aquí y ahora y como mínimo por el hecho de que cuidemos lo salvífico en su crecimiento. Esto incluye que tengamos en todo tiempo a la vista el peligro más extremo.

Lo esente de la técnica amenaza el desvelamiento, amenaza con la posibilidad de que todo desvelamiento se limite al encargar y que todo se presente sólo en la no-ocultación de las existencias. El hacer humano nunca puede evitar este peligro inmediatamente. Las realizaciones humanas nunca pueden por sí solas conjurar el peligro. Sin embargo, la reflexión serena (*Besinnung*)²⁰ humana puede meditar que todo lo salvífico debe ser esencia más elevada pero al mismo tiempo emparentada con la puesta en peligro.

¿Puede entonces quizá un asegurado desvelamiento más inicial traer por vez primera lo salvífico en medio del peligro que en la época técnica más se oculta que se muestra?

En otro tiempo no sólo la técnica portaba el nombre τέχνη. En otro tiempo τέχνη significaba también aquel desvelamiento que produce la verdad en el resplandor de lo que aparece.

¹⁹ *Verhoffen* (y no *warten*): esperar, pues, en el sentido de esperanza (*Hoffnung*).

²⁰ Traducimos *Besinnung* por «reflexión serena» apoyándonos en el ensayo «Wissenschaft und Besinnung», p. 60, donde se dice de esta palabra que es «die Gelassenheit zum Fragwürdigen»: la serenidad respecto de lo digno de ser preguntado.

En otro tiempo τέχνη significaba también el producir de lo verdadero en lo bello. τέχνη significaba también la ποιησις de las bellas artes.

Al comienzo del *Geschick* occidental escalaron en Grecia las artes las más elevadas alturas del desvelamiento en ellas asegurado. Traían a la luz la presencia de los dioses, el diálogo de los *Geschick* humano y divino. Y el arte se llamaba sólo τέχνη. Era un único, múltiple desvelamiento. Era piadoso, πρόμος, esto es, dócil al imperar y custodiar de la verdad.

Las artes (*Künste*) no procedían de lo artístico (*Artistisch*). Las obras de arte no fueron disfrutadas estéticamente. El arte no era un sector del crear cultural.

¿Qué era el arte? ¿Quizá sólo por breves pero elevados momentos? ¿Por qué portaba el sencillo nombre τέχνη? Porque era un desvelamiento productor y por ello pertenecía a la ποιησις. Este nombre iluminó por último como nombre propio aquel desvelamiento que gobierna de parte a parte todo arte de lo bello, la poesía, lo poético.

El mismo poeta del que escuchábamos las palabras:

«Pero donde es(tá) el peligro, crece
también lo salvífico.»

nos dice:

«... poéticamente habita el hombre sobre esta tierra.»

Lo poético pone lo verdadero en el brillo de aquello que Platón en el *Fedro* llama τὸ ἔκφανετον, lo resplandeciente de la forma más pura. Lo poético esencializa de parte a parte cualquier arte, cualquier desvelamiento de lo esente en lo bello.

¿Deberían las bellas artes ser llamadas al desvelamiento poético? ¿Debería el desvelamiento emplearlas más inicialmente para que así ellas, por su parte, cuiden expresamente el crecimiento de lo salvífico, despierten y establezcan mirada y confianza de nuevo en lo perdurante?

Si en el arte perdura esta más elevada posibilidad de su esencia en medio del más extremo peligro, nadie puede saberlo. Podemos, sin embargo, asombrarnos. ¿Ante qué? Ante la otra posibilidad: que se instale en todas partes lo terrible de la técnica, hasta que un día, a través de todo lo técnico, la esencia de la técnica esencialice en el acaecimiento de la verdad.

Porque la esencia de la técnica no es nada técnico, por ello la concentración reflexiva esencial sobre la técnica y la contraposición decisiva con ella debe acaecer en un ámbito que, por una parte, está emparentado con la esencia de la técnica y, por otra parte, es sin embargo fundamentalmente distinto de ella.

Un ámbito tal es el arte. Ciertamente sólo si la concentración reflexiva

artística, por su parte, no se cierra a la constelación de la verdad, por la que *preguntamos*.

Así pues, preguntando testificamos el estado de necesidad de que aún no experimentamos lo esente de la técnica ante la pura técnica, de que no preservamos ya lo esente del arte ante la pura estética. Cuanto, empero, más interrogativamente pensamos la esencia de la técnica, tanto más misteriosa se torna la esencia del arte.

Cuanto más nos acercamos al peligro, tanto más claramente comienzan a lucir los caminos hacia lo salvífico, tanto más nos tornamos interrogadores. Pues el preguntar es la piedad del pensar.

LA VUELTA. (Die Kehre)²¹

La esencia del *Gestell* es el emplazar reunido en sí que reajusta (*nachstellt*)²² la verdad de su propia esencia con el olvido. Este reajustar se enmascara por el hecho de que se desarrolla en el encargar de todo lo presente como las existencias, se instala en éstas y como tal domina.

El *Gestell* esencializa como el peligro. ¿Pero se revela con ello ya el peligro *como* el peligro? No. Peligros y penurias asedian sobremanera y a cada instante en todas partes a los hombres. Pero el peligro, a saber: el Ser poniéndose a sí mismo en peligro en la verdad de su esencia, permanece oculto y enmascarado. Este enmascaramiento es lo más peligroso del peligro. Como consecuencia de este enmascaramiento del peligro por medio del encargar del *Gestell* parece como si siempre y todavía la técnica fuera un medio en la mano del hombre. Pero en verdad, la esencia del hombre está ahora encargada a ir de la mano de la esencia de la técnica.

¿Quiere ésto decir que el hombre está entregado impotente frente a la técnica venga lo que viniere? No. Dice exactamente lo contrario; y no sólo ésto, sino esencialmente más por ser otra cosa.

²¹ Preferimos la traducción de Gaos de *Kehre* por «vuelta» a la de Ferrater por «conversión». No parece prudente utilizar términos con connotaciones religiosas en un pensamiento tan teologizante como el de Heidegger cuando lo que quiere decir no tiene tales connotaciones. En efecto, en el contexto presente no hay que interpretar *Kehre* en un sentido religioso o teológico, sino lisa y llanamente en el sentido de «regreso»; regreso a un tiempo en el que la *τέχνη* era aun *ποίησις*. Para no malinterpretar la traducción de *Kehre* por vuelta en el sentido de regreso, conviene recordar que el «peligro» es su condición de posibilidad. A partir de *Kehre*, más exactamente: del verbo *kehren* (dar la vuelta, volver...) surge *einkehren*, que hemos traducido, según el contexto, por entrar y hospedarse. Hospedarse y entrar en el ámbito de la verdad, donde se «deja ser al ser» y no se lo «emplaza».

²² Literalmente: colocar-detrás, esto es, posponer. El carácter «emplazante» de este reajustar o posponer viene indicado por el término *-stellen*; en efecto, no hay que olvidar que *nachstellen* puede significar también tender un lazo o asechar. En tal caso el sentido de la frase vendría a ser el siguiente: «La esencia de *Gestell* es el emplazar reunido en sí que “reajusta posponiendo (detrás) emplazando mediante asechanzas” la verdad etc...».

Si el *Gestell* es un *Geschick* de la esencia del Ser mismo, podemos entonces suponer que el *Gestell*, en tanto que una de las maneras —entre otras— del Ser, se metamorfosea. Pues lo destinal (*Geschicklich*) en el *Geschick* es que éste se destina (*sich schicken*) un destino (*Schickung*) cada vez único. Destinarsse significa: encaminarse para someterse a la orden indicada a la que espera otro *Geschick* aún velado. Lo destinal avanza siempre en sí hacia un instante señalado que lo destina a otro *Geschick* en el que, sin embargo, ni desaparece ni se extravía lisa y llanamente. Aún carecemos de suficiente experiencia y meditación para pensar la esencia de lo histórico (*Geschichtlichen*) a partir de *Geschick* y de destino (*Schickung*) y de destinar-se (*Sichschicken*). Aún estamos demasiado fácilmente inclinados, por habituados, a representarnos lo destinal a partir del acaecer y a éste como un transcurso de sucesos históricamente (*historisch*) constatables. Colocamos la historia (*Geschicht*) en el ámbito del acaecer, en lugar de pensarla, según su origen esencial, a partir del *Geschick*. Pero *Geschick* es esencialmente *Geschick* del Ser y tan en verdad que el Ser se destina él mismo, y cada vez esencializa como un *Geschick* y, en consecuencia, se metamorfosea destinalmente. Si acontece una metamorfosis en el Ser (ésto significa ahora en la esencia del *Gestell*), ésto no dice entonces en modo alguno que la técnica, cuya esencia descansa en el *Gestell*, sea eliminada. Ni se anula ni mucho menos se destruye.

Si la esencia de la técnica, el *Gestell* como el peligro en el Ser, es el Ser mismo, entonces la técnica no se deja dominar nunca, ni positiva ni negativamente, por un mero hacer humano puesto a partir sí. La técnica, cuya esencia es el Ser mismo, nunca se deja vencer por el hombre. Esto significaría que el hombre sería el señor del Ser.

Porque, empero, el Ser se ha destinado como esencia de la técnica en el *Gestell* pero la esencia humana pertenece a la esencia del Ser, en tanto que la esencia del Ser requiere la esencia del Ser para permanecer *perdurante* como Ser y así esencializar *como* Ser según su propia esencia en medio de lo ente, por todo ello, la esencia de la técnica no puede ser conducida en la metamorfosis de su *Geschick* sin el apoyo de la esencia humana. De este modo, sin embargo, la técnica no es vencida (*überwinden*) humanamente. Por el contrario, la esencia de la técnica se sobrepone a su verdad aún escondida. Este sobreponerse a (*Verwinden*) es similar a aquel que acontece cuando en el ámbito humano uno se sobrepone a un dolor. Pero el sobreponerse a un *Geschick* del Ser, aquí y ahora el sobreponerse al *Gestell*, acaece siempre a partir de la llegada de otro *Geschick*, el cual no se deja ni calcular de antemano lógico-históricamente, ni construir metafísicamente como consecuencia de un proceso de la historia. Pues lo histórico (*Geschichtlich*) o el acontecer históricamente (*historisch*) representado nunca determinan el *Geschick*, sino que en cada caso el acaecer y el representar a él asignado de sus existencias es ya lo destinal de un *Geschick* del Ser.

Para el sobreponerse a la esencia de la técnica se requiere, ciertamen-

te, al hombre. Pero el hombre es requerido aquí en su esencia *en tanto que correspondiente* a éste sobreponerse. En consecuencia, la esencia del hombre debe abrirse primeramente a la esencia de la técnica, lo que por lo que concierne al acaecimiento es algo muy distinto del proceso de que los hombres afirmen y alienten la técnica y sus medios. Pero para que la esencia humana atienda a la esencia de la técnica, para que entre técnica y hombre respecto de su esencia se establezca una relación esencial, el hombre actual debe previamente y antes que nada reencontrar el camino en la amplitud de su espacio esencial. Este espacio esencial de la esencia humana recibe la dimensión que le encaja únicamente a partir de la *relación (Ver-Hältnis)* según la cual la morada del Ser mismo está oculta a la esencia del hombre como lo requerido por el Ser mismo. Si es de otro modo, si el hombre antes y previamente no se establece en su espacio esencial y no habita allí, entonces el hombre no podrá nada esencial en el interior del *Geschick* ahora imperante. Pensando ésto tenemos presentes unas palabras del Maestro Eckehardt, en tanto que las pensemos a partir de su fundamento. Afirman: «Aquellos que no son de una gran esencia no finalizan nada de lo que emprenden.» (*Reden der Unterscheidung*, n. 4).

La gran esencia del hombre la pensamos en su pertenencia a la esencia del Ser, siendo requerido por éste para guardar la esencia del Ser en su verdad.

Por esto, lo primeramente necesario es que previamente pensemos la *esencia* del Ser como lo digno de ser pensado y que previamente, pensando tal cosa, experimentemos en qué sentido estamos llamados a trazar primeramente una senda para tal experimentar y a desbrozarla en lo hasta ahora recorrido.

Todo ésto lo podremos sólo si nosotros, *antes* de la aparentemente siempre cercana y sólo en apariencia urgente pregunta: qué debemos hacer, meditamos esto: *¿cómo tenemos que pensar?* Pues el pensar es el actuar (*Handeln*) auténtico, si actuar significa: ir de la mano (*an die Hand gehen*) de la esencia del Ser. Esto significa: preparar (edificar) para la esencia del Ser aquel lugar en medio de lo ente en el que el Ser se ponga y ponga a su esencia en el lenguaje (*zur Sprache bringen*). El lenguaje da a toda voluntad de pensar, por vez primera, camino y sendero. Sin el lenguaje falta a cualquier hacer aquella dimensión en la que podría informarse y obrar. Por ello el lenguaje no es nunca primeramente expresión del pensar, sentir y querer. El lenguaje es la dimensión inicial en el interior de la cual la esencia humana, en general, puede por vez primera corresponder al Ser y a su exigencia y en el corresponder pertenecer al Ser. *Este corresponder inicial, expresamente efectuado, es el pensar.* Pensando aprendemos por vez primera lo que es habitar en el ámbito en el que acaece el sobreponerse al *Geschick* del Ser, el sobreponerse al *Gestell*.

La esencia del *Gestell* es el peligro. Como el peligro el Ser se desvía de su esencia en el olvido de esta esencia y, al mismo tiempo, se vuelve (*sich*

kehren) contra la verdad de su esencia. En el peligro impera este aun no pensado volver-se. En la esencia del peligro se esconde por ello la posibilidad de una vuelta (*Kehre*) en la que el olvido de la esencia del Ser se transforme de tal modo que con *esta* vuelta la verdad de la esencia del Ser se hospede (*einkehren*) expresamente en lo ente.

Pero presumiblemente, *esta* vuelta, aquella del olvido del Ser hacia la morada de la esencia del Ser, acaece sólo si el peligro vuelto en su esencia aún oculta, se manifiesta expresamente como el peligro que él es. Quizá estamos ya en la sombra proyectada de antemano por la llegada de *esta* vuelta. Cuándo y cómo acaecerá destinalmente, nadie lo sabe. Tampoco es necesario saber tal cosa. Un saber de este tipo sería incluso lo más funesto para el hombre, pues su esencia es ser aquel que espera (*Wartende*), el que espera la esencia del Ser mientras pensando la apacienta. Sólo cuando el hombre, en tanto que pastor del Ser, espera la verdad del Ser puede esperar una llegada del *Geschick* del Ser sin degenerar en el mero deseo de saber.

¿Pero cómo es el lugar donde el peligro acaece como el peligro y así, por vez primera, es(tá) el peligro no-escondido?

Para escuchar la respuesta a esta pregunta, prestemos atención a la señal que está condensada en unas palabras de Hölderlin. En la última versión del himno «Patmos» dice al comienzo el poeta:

«Pero donde está el peligro, crece
allí también lo salvífico.»

Si pensamos estas palabras aun más esencialmente de como el poeta las dice, si las pensamos en su máxima radicalidad, dicen entonces: donde es(tá) el peligro como el peligro madura también lo salvífico. Lo salvífico no se presenta al lado del peligro. Lo salvífico no está al lado del peligro. El peligro mismo es, en tanto que es(tá) *como* el peligro, lo salvífico. El peligro es lo salvífico en la medida en que trae lo salvífico a partir de su esencia escondida y vuelta. ¿Qué significa «salvar»? Indica: desatar, libertar, liberar, cuidar, poner a salvo, poner bajo cuidado, guardar. Lessing utiliza aún la palabra «*Rettung*» (salvación) acentuadamente en el sentido de justificación: poner aparte (*zurückstellen*) en el derecho, en lo esencial. Lo auténticamente salvífico es lo salvaguardante (*Wahrende*), la morada (*Wahrnis*)²³.

²³ Esta palabra es tan importante, como imposible de traducir en todos los sutiles matices que posee en el alcán de Heidegger. Hay que prestar atención sobre todo a su núcleo: *wahr*, que nos indica que hay que pensar la palabra en relación, de un lado, con lo verdadero (*das Wahre*) y, de otro, con la serie de palabras que derivan de *währen*: *ge-währen*, *fort-währen*... De otra parte, en tanto que dice relación a lo verdadero, está también en conexión con el grupo de palabras que precisamente expresan el acaecimiento de la verdad pensada heideggerianamente, esto es, con el grupo de palabras articuladas en torno a la voz *Ent-bergen*. Por último, en tanto

¿Pero dónde está el peligro?, ¿cuál es para él el lugar? En la medida en que el peligro es el Ser mismo, no está en ninguna parte y está en todas partes. No *tiene* ningún lugar como otra cosa distinta de él mismo. El mismo es el lugar sin-lugar (*ortlose Ortschaft*) de toda presencia. El peligro es la época del Ser esencializando como el *Gestell*.

Si el peligro es(tá) como el peligro, entonces acaece expresamente su esencia. Pero el peligro es el reajustar como el cual el Ser mismo en la forma del *Gestell* pospone la morada del Ser con el olvido. En el reajustar esencializa ésto, a saber, que el Ser deja cesante su verdad en el olvido, de manera que el Ser recusa su esencia. Si, por consiguiente, el peligro es(tá) como el peligro, entonces acaece expresamente el reajustar, en el cual el Ser mismo reajusta su verdad con el olvido. Si acaece expresamente este *reajustar-con-olvido* (*mit-Vergessenheit-Nachstellen*) entonces hace su entrada el olvido como tal. De suerte que por la entrada así arrancada al olvido (*Entfallen*)²⁴ ya no es más olvido. En una entrada tal el olvido de la morada del Ser ya no es más olvido del Ser, sino que haciendo así su entrada se vuelve (*einkehrend kehrt sich*) hacia la morada del Ser. Si el peligro es(tá) como el peligro, acaece con la vuelta del olvido la morada del Ser, acaece el mundo (Cfr. *Vorträge und Aufsätze*, pp. 163 y ss.: «Das Ding»). Que el mundo acaezca como mundo, que cosee la cosa (*dinge das Ding*)²⁵, ésto es la lejana llegada de la esencia del Ser mismo.

El recusarse de la verdad del Ser que se reajusta con el olvido oculta la gracia aún no concedida, a saber: que este reajustarse se vuelva, que en tal vuelta se invierta el olvido y devenga morada de la esencia del Ser, en lugar de dejar caer a esta esencia en el enmascaramiento. En la esencia del peligro esencializa y habita una gracia, a saber: la gracia de la vuelta del Ser hacia la verdad del Ser. En la esencia del peligro, donde es(tá) como peligro, está la vuelta hacia la morada, está esta morada misma, está lo salvífico del Ser.

Si en el peligro acaece la vuelta, ésto sólo puede acontecer repentinamente. Pues el Ser no tiene a su igual a su lado. No es efectuado por otra cosa, ni obra él mismo. Ser no transcurre nunca y nunca jamás en una conexión causal eficiente. Al modo como él, el Ser mismo, se destina (*sich schickt*) no antecede nada efectuante como Ser y no sucede ningún efecto como Ser. Directamente a partir de su propia esencia lo oculto acaece Ser en su época. Por ello debemos prestar atención a lo siguiente:

La vuelta del peligro acaece inesperadamente. En la vuelta se aclara inesperadamente el claro (*Lichtung*) de la esencia del Ser. El inesperado aclararse es el relampaguear. Se pone a sí mismo en la aportada y recobrada

que significa «morada» hay que ponerla también en relación con el polisémico verbo que significa «morar», esto es, con *wesen*; pero como *wesen* significa también «esencializar» y «ser natural de», la relación comentada no será la de un morar cualquiera, sino la de un morar esencial y originario.

²⁴ *Entfallen*: olvido en el sentido de escaparse (de la memoria).

claridad propia. Si en la vuelta del peligro relampaguea la verdad del Ser, entonces se aclara la esencia del Ser. Entonces regresa la verdad de la esencia del Ser.

¿Hacia dónde acaece esta entrada? No hacia otra parte que hacia el Ser mismo, hasta ahora esente en el olvido de su verdad. Pero este Ser mismo esencializa como la esencia de la técnica. La esencia de la técnica es el *Gestell*. La entrada como acaecimiento de la vuelta del olvido hace su entrada en aquello que es ahora la época del Ser. Aquello que es auténticamente no es en modo alguno este o aquel ente. Lo que es auténticamente, esto es, lo que expresamente habita y esencializa en el Es (*Ist*), es únicamente el Ser. Sólo el Ser «es», sólo en el Ser y como Ser acaece lo que «es» nombra; aquello que es, es el Ser a partir de su esencia.

«Relampaguear» (*blitzen*) es, de acuerdo con la palabra y con la cosa: mirar (*blicken*). En la mirada (*Blick*) y como mirada entra la esencia en su brillar propio. A través del elemento de su brillar la mirada guarece aquello que ella divisa en el mirar. Pero el mirar guarda en el brillo, al mismo tiempo, la oscuridad escondida de su origen en tanto que lo no-aclarado (*Ungelichtete*). El regreso del relampaguear de la verdad del Ser es mirada-en (*Einblick*)²⁶. La verdad del Ser la hemos pensado en el mundanear del mundo (*Welten von Welt*)²⁷ como el juego de espejos del bloque cuádruple²⁸ de cielo y tierra, de lo mortal y lo divino (Cfr. *Vorträge und Aufsätze*, op. cit.) Si el olvido se vuelve, si el mundo regresa como morada de la esencia del Ser, acaece el relampaguear del mundo en el abandono (*Verwahrlosung*)²⁹ de la cosa. Este abandono acaece en el modo de dominación del *Gestell*. El relampaguear del mundo en el *Gestell* es el relampaguear de la verdad del Ser en el Ser sin morada (*warhlose Sein*)³⁰. Relampaguear es acaecimiento en el Ser mismo. Acaecimiento es lo que es propiamente abrir los ojos para ver.

Mirada-en aquello que es: este título nombra ahora el acaecimiento de la vuelta en el Ser, la vuelta de la recusación de su esencia en el acaecer de su morada. Mirada-en aquello que es, es el acaecimiento mismo, como el cual la verdad del Ser acontece y está en relación con el Ser sin morada.

²⁵ Traducimos el verbo *dingen* (derivado de *Ding*: cosa) por el neologismo «cosear», esto es, acaecer o suceder como cosa.

²⁶ Nótese la diferencia entre *Blick* y *Einblick*. *Blick* es la mera percepción ocular; *Einblick* es *Blick* hacia algo. En esta medida implica «conocimiento» (Cfr. n. 7) mediante la propia vista. Para diferenciar ambos términos traduciremos *Einblick* por «mirada-en».

²⁷ *Welten von Welt*: mundanear del mundo en el sentido de acaecer o suceder como mundo; se entiende el sentido de la frase si pensamos que *Welt* no hace referencia a un ente o a un ámbito determinado de entes, sino a «la apertura del Ser». (Cfr. *Über den Humanismus*, Vittorio Klosterman, Frankfurt a M 1981, p. 40).

²⁸ *Geviert*: «bloque cuádruple». La palabra «bloque» intenta traducir el sentido de pertenencia de cada uno de los elementos implicados en el *Geviert* con respecto de los otros tres restantes.

²⁹ De acuerdo con lo expuesto en la nota 23, hay que entender *Verwahrlosung* como abandono en el sentido de lo «sin-morada» y lo «sin-verdad».

Mirada-en aquello que es: esto nombra la constelación en la esencia del Ser. Esta constelación es la dimensión en la que el Ser esencializa como el peligro.

Parece como si de comienzo a fin «Mirada-en aquello que es» sólo significara una mirada que nosotros los hombres, desde nosotros, echamos a aquello que es. Aquello que es se lo toma habitualmente como lo ente. Pues de lo ente se dice el «es». Pero ahora todo se ha vuelto. Mirada-en no nombra el golpe de vista gracias al cual tomamos lo ente. Mirada-en como relampaguear es el acacamiento de la constelación de la vuelta en la esencia del Ser mismo, y precisamente en la época del *Gestell*. Aquello que es no es en modo alguno lo ente. Pues de lo ente sólo se dice el «ello es» y el «es» en tanto que lo ente es abordado respecto de su Ser. En el «es» es pronunciado «Ser»; aquello que «es» en el sentido de que constituye el Ser de lo ente, es el Ser.

El encargar del *Gestell* se emplaza ante la cosa, la deja como cosa descubierta, sin morada. De este modo el *Gestell* enmascara la cercanía del mundo que se aproxima en la cosa. El *Gestell* incluso enmascara su propio enmascarar, así como el olvidar de algo se olvida a sí mismo y se muda en la resaca del olvido. El acacamiento del olvido no sólo deja caer en la ocultación sino que este mismo caer cae conjuntamente en la ocultación, la cual desaparece en este caer.

Y a pesar de todo: en todo enmascarar del *Gestell* se aclara la mirada aclaradora del mundo, relampaguea la verdad del Ser. A saber: cuando el *Gestell* se aclara en su esencia como el peligro, esto es, como lo salvífico. Incluso en el *Gestell*, en tanto que un *Geschick* esencial del Ser, esencializa una luz del relámpago del Ser. El *Gestell*, aunque encubierta, es aún mirada; no es ningún ciego *Geschick* en el sentido de una fatalidad completamente dispuesta.

Mirada-en aquello que es: así se llama el relámpago de la verdad del Ser en el Ser sin morada.

Si acaece la mirada-en, entonces son los hombres los encontrados por el relámpago del Ser-en su esencia: Los hombres son lo divisados en la mirada-en.

Sólo si en el acacamiento de la mirada-en la esencia humana, como lo divisado por ésta, renuncia a la obstinación humana y, fuera de sí, se proyecta (*ent-wirft*) bajo la mirada-en, corresponde el hombre en su esencia a la exigencia de la mirada-en. Tan correspondientemente con-venido es el hombre que en el elemento que es morada (*im gewahrten Element*)³¹ del mundo mira en contra como lo mortal a lo divino.

No de otro modo; pues también el Dios es, si es, un ente, está como ente en el Ser y en la esencia de éste, que acaece a partir del mundanear del mundo.

³⁰ Podríamos traducir igualmente por «Ser-sin-verdad».

³¹ Cfr. nota 23.

Sólo si acaece la mirada-en y se aclara la esencia de la técnica como el *Gestell*, reconocemos cómo la verdad del Ser en el encargar de las existencias permanece recusada como mundo, nos percatamos de que todo mero querer y hacer según la manera del encargar persevera en el abandono. Así permanece también sin morada y sin suelo (*wahr-und bodenlos*) todo mero ordenar del mundo tal y como es representado en la historia universal. Toda mera caza del futuro para calcular su imagen de manera que un presente apenas pensado se prolongue en lo venidero oculto, se mueve ella misma aún en la actitud del representar técnico-calculante. Todos los intentos de hacer balance de lo real existente morfológica, psicológicamente, en términos de decadencia y pérdida, de fatalidad y catástrofe, de declive, son sólo una conducta técnica. Se opera con el dispositivo de la enumeración de síntomas, cuyas existencias pueden ser acrecentadas hasta el infinito y siempre variadas de nuevo. Estos análisis de la situación no se aperciben de que sólo trabajan en el sentido y según el modo de la parcelación técnica y así proporcionan a la conciencia técnica la representación, adecuada histórica y técnicamente a ella, del acontecer. Pero ningún representar histórico (*historisch*) de la historia (*Geschicht*) pone en relación destinal (*schicklichen Bezug*) al *Geschick* y, de ninguna manera, a su origen esencial en el acaccimiento de la verdad del Ser.

Todo lo meramente técnico nunca acierta en la esencia de la técnica. Ni siquiera puede reconocer su antepatio.

Por ello, en la medida que intentamos decir la mirada-en aquello que es, no describimos la situación contemporánea. La constelación del Ser se nos dice.

Pero nosotros aún no escuchamos, nosotros, para los que el oír y el ver transcurren a través de la radio y el cinematógrafo bajo el dominio de la técnica. La constelación del Ser es la recusación del mundo como el abandono de la cosa. Recusación no no-es-nada (*nicht nichts*), es el más alto misterio del Ser dentro del dominio del *Gestell*.

Si el Dios permanece vivo o muerto no se decide por medio de la religiosidad de los hombres, ni, menos aún, por medio de las aspiraciones teológicas de la filosofía y de la ciencia natural. Si Dios es Dios, acaece a partir de la constelación del Ser y en el interior de ella.

En tanto que pensando no experimentemos lo que es, no podremos nunca pertenecer a aquello que será (*was sein wird*).

¿Acaece la mirada-en aquello que es?

¿Estamos, en tanto que los mirados, alcanzados de tal modo en la mirada esencial del Ser, hasta el punto de ya no escapar de él? ¿Alcanzaremos de ese modo en la esencia de la cercanía lo que coseando en la cosa acerca el mundo? ¿Habitamos como nativos en la cercanía, hasta el punto de pertenecer inicialmente al bloque cuádruple de cielo y tierra, mortal y divino?

¿Acaece la mirada-en aquello que es? ¿Correspondemos a la mirada

-en por medio de un mirar que mira en la esencia de la técnica y divisa en él el Ser mismo?

¿Vemos el relámpago del Ser en la esencia de la técnica? ¿El relámpago que viene de la paz como ella misma? La paz apacigua. ¿Qué apacigua? Apacigua el Ser en la esencia del mundo.

Que el mundo, mundaneando, sea lo más cercano de todo lo cercano, ésto se acerca, puesto que acerca la verdad del Ser a la esencia humana y así acomoda a los hombres para el acaecimiento.